A4545r

ROMANCES

Populares de Castilla

RECOGIDOS POR

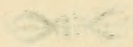
NARCISO ALONSO [A] CORTÈS.

Catedrático.

98918
13/10/59

VALLADOLID:
Establecimiento Tipográfico de Eduardo Sáenz.
Calle de Montero Calvo, 44 al 50.

1906.



Sólo en una pequeña parte de dos provincias castellanas — Burgos y Palencia, — se han recogido los romances que componen este libro. No puede ofrecerse prueba más decisiva de que tal género de literatura popular, es en esta comarca tan abundante, por lo menos, como en las restantes de la Península.

Vayan, pues, estos romances como muestra, y sirvan de anuncio á una colección más extensa y á las correspondientes y necesarias notaciones.

N. A. C.

Gerineldo.

I

—Gerineldo, Gerineldo,—paje del rey más querido:
¡quién estuviera esta noche,—sólo dos horas contigo,
y después de las dos horas—hasta que *hubiá* amanecido!
—Como soy vuestro criado,—señora, os burlais conmigo.
—No me burlo, Gerineldo,—que de veras te lo digo.
—¿Á qué hora, la mi señora,—me tendrá abierto el castillo?
—Entre las diez y las once,—cuando el rey esté dormido.
Á eso de las once dadas,—Gerineldo fué al castillo.
—¿Quién será ese caballero—que á mi puerta da un suspiro?
—Soy Gerineldo, señora,—que vengo á lo prometido.
—Si no fueras Gerineldo,—marcha por donde has venido.
Baja la dama en enaguas,—abre puertas y postigos.
—Con un postigo que abra—cabe mi cuerpo pulido.
Se subieron á la cama—como mujer y marido.
Toda la noche se va—en fiestas y regocijos.
Á eso del amanecer—se quedan los dos dormidos.
Ya despierta el rey su padre,—despierta despavorido:
—Ó me *desfuerzan* la hija,—ó me roban el castillo.
Pronto se pone de pie,—más pronto coge el vestido;
con una espada en la mano—ha dado vuelta al castillo.
Se fué al cuarto de la hija—. . . . . .
y los ha hallado á los dos—como mujer y marido.
—Si mato á mi hija infanta—queda mi reino perdido,

y si mato á Gerineldo—le mato muy joven niño.
Meto la espada entremedias, que me sirva de testigo.
—Despiértate, Gerineldo,—despierta si estás dormido,
que la espada de mi padre—entre los dos ha dormido.
—Si ya ha querido matarnos,—harto lugar ha tenido.
—Vé á darle los buenos dias,—como otros dias has ido.
—Buenos dias, mi señor;—los tenga usted muy cumplidos.
—¿De *onde* vienes, Gerineldo, que vienes descolorido?
Vengo del jardín, señor, que está florecido y lindo.
Con el olor de las rosas—los colores se me han ido.
—No has prevenido muy mal para ser tas tierno niño.
Si te he querido matar,—harto lugar he tenido.
—Máteme, el rey mi señor, si lo tengo merecido.
—No te mato, Gerineldo,—mátete el Dios que te hizo.
El castigo que te doy,—no te doy otro castigo,
que ella sea tu mujer,—y tú seas su marido.

Recitado por Emiliana Martinez, de 11 años *vecindad de Valladolid.* *Palencia*

Gerineldo.

II

—Gerineldo, Gerineldo,—paje del rey bien querido:
¡quién estuviera esta noche,—sólo dos horas contigo,
y despues de las dos horas,—hasta que *habia* amanecido!
—Como soy vuestro criado,—señora, burlais conmigo.
Dígame usté, la señora,—qué hora he de dormir contigo.
—Entre las diez y las once—que mi padre esté dormido.
Á eso las diez y media—á la puerta dió un suspiro.
—¿Quién es ese caballero,—que á la puerta da un suspiro?
—Gerineldo soy, señora,—que vengo á lo prometido.
Ya le baja á abrir la puerta,—como si era su marido.

y al subir de la escalera—juegan á brazo tendido.
Ya se van para la cama,—ya se van para el retiro.
Ya despierta el rey su padre,—despierta despavorido:
—O me *esforzan* á la hija,—ó me roban el castillo.
Ya se va á vestir el rey;—no *tie* quien le de el vestido.
Ya se viste, ya se calza,—ya se va para el retiro;
pues al galán y á la infanta,—me los encuentra dormidos.
—Si mato á mi Gerineldo—que le crié desde niño...
Si mato á mi hija la infanta,—pues queda el reino perdido.
Dejo la espada entremedias—*pa* que sirva de testigo.
Ya despierta la señora,—ya despierta dando gritos.
—Gerineldo, Gerineldo,—paje del rey bien querido,
que la espada de mi padre—entre los dos ha dormido.
—No haga usté caso, señora,—que anoche vino conmigo.
—Es la espada de mi padre,—que yo bien lo he conocido,
que la espada de mi padre—tiene león y castillo.
Ya se viste Gerineldo,—ya se va para el retiro,
y al bajar por la escalera—el rey su amo le ha visto:
—¿Dónde viene Gerineldo,—tan triste y descolorido?
—Del jardín de mi señora,—de ver florecer el lirio.
Matadme, buen rey, matadme,—si lo tengo merecido.
—Que os mate Dios del cielo—y Aquél os dará el castigo.
Castigo yo os dare,—no será grande el castigo:
que ella sea tu mujer,—y tú seas su marido.

Recitado por Eugenia Martínez, de 46 años, *residente en Recilla Vallejera (Burgos).*

Los dos amantes. [1]

. . . . . .

—Si esto supiera, mi hija,—yo le mandara matar.
—Si mata usté á Gerineldo,—mándeme usté á mi enterrar.
—Te entierren ó no te entierren,—yo le he de mandar matar.
El uno muere á las once,—el otro al gallo cantar.
Á ella, como hija del rey,—la entierran en el altar,
y á él, como hijo de conde,—una grada más atrás.
Por debajo de la losa—se vinieron á juntar.
De ella salía una rosa,—de él un hermoso zarzal;
cuando la reina iba á misa—la solían estorbar.
Como es reina y puede mucho,—los ha mandado cortar.
De ella sale una paloma,—de él un hermoso pardal;
cuando iba á comer la reina—la quitaban el pan.
Como es reina y puede mucho,—los ha mandado matar.
De él ha salido una ermita,—de ella un hermoso altar,
donde cojos y tullidos,—ciegos vienen á sanar.
Quiso Dios y su fortuna—la reina vino á cegar.
—Dáme luz, hermosa ermita,—dáme luz, hermoso altar.
—Cuando éramos arbolitos,—tú nos mandaste cortar;
cuando éramos pajaritos,—tú nos mandaste matar,
y ahora que somos ermita—tú nos vienes á rezar.
Ahí te quedarás postrada,—postrada junto á ese altar.

Revitado por Emiliana Martínez, de 41 años, *residente en Villodrigo (Palencia).*

---

1 Este es, casi completo, el romance conocido generalmente por *El Conde Olinos*, personaje que aquí se llama también *Gerineldo*.

La infanta seducida. [1]

I

Noche buena, Noche buena,—que es Pascua de Navidad,
cuando condes y condesas—á misa del *Gallo* van.
Unos á otros se dicen:—Arbola en cintilla está.
Estando un dia cenando,—su padre la dirá:
—Boca mala, boca mala,—boca mala sin verdad;
lo que tienes en el vientre,—¡oh! ¿qué padre le has de dar?
Si quieres muerte de fuego,—si la quieres de puñal,
si la quieres de agua—que es más dulce de pasar.
—No quiero muerte de fuego—ni tampoco de puñal;
quiero que me mate el cielo—y la Santa Trinidad.
¡Quién tuviera un pajecito—de esos que comen mi pan,
para escribir á Oliveros—á Oliveros el del Mar!
Estándolo diciendo,—por la puerta le vió entrar:
—Escriba cartas, señora,—que yo las iré á llevar;
siete caballos que tengo—yo los he de reventar.
Vuelan uno, vuelan dos,—vuelan todos á la par.
—Cartas te traigo, Oliveros,—de gran tristeza y pesar,
que á tu querida la infanta,—mañana la han de quemar.
—Que la quemen, que la dejen,—¿á mí qué *cuidao* me da?

---

1 Sabido es que este romance pertenece al ciclo carolingio; es el del *Conde Claros de Montalban*, y de él hay versiones portuguesas, catalanas y asturianas. De las que yo publico, las dos primeras se asemejan bastante á la del Cancionero de 1550. Merece observarse que la infanta *Galanzuca* y *Galanzan* en Asturias, se llama en una de estas *doña Arbola*, nombre preferido en la poesía popular de Castilla; y que el protagonista *Conde Claros*, es en ambas *Oliveros*, por un caso de contaminación. En la tercera, incompleta, los nombres son respectivamente *Doña Clara* y *D. Carlos de Amor* ó *de Montealvar*, este último como en Portugal y Asturias

Sólo lo del vientre siento,—que viene de sangre *rial*.
Si lo dices en fiestas,—entra, muchacho, á almorzar,
y si lo dices de veras,—vamos aprisa á ensillar.
—Yo no lo digo en fiestas,—que ella en el fuego ha de entrar.
Se ha salido del palacio,—para el convento se va:
sacó un vestido de seda,—de fraile le fué á tomar.
—Buenos dias, el buen rey,—y su corona *rial:*
me han dicho que *tié* uste una hija—que usté la quiere quemar.
Si no se ha confesado—déjela usté confesar.
—Confesar, se ha confesado,—que ella en el fuego ha de entrar.
—Si no se ha reconciliado—deje usté reconciliar.
—Entre, fraile, y reconcilie; mire que no ha de tardar.
Estando doña Arbola—puestecita ante el altar,
con el rosario en la mano—que ya le iba á *en-comenzar*:
—Por Dios te pido, mi niña,—que me digas la verdad.
—La verdad le digo, padre,—que Oliveros el del Mar.
—Por Dios te pido, mi niña,—que un beso me dejes dar.
—Quítese de ahí, frailecito,—frailecito regular;
donde Oliveros besó—*denguno* más ha besar.
—¿Dónde está el anillo de oro—que yo te di al abrazar?
Y estas palabras que ha oido—desmayada cayó atrás.
La ha cogido de la mano,—para el palacio se van.
—El rey casará sus hijas,—que esta casadita está.
Como mujer y marido—para el palacio se van.

Recitado por Ramona Varas, de 66 años, *residente en Los Balbases* (Burgos).

La infanta seducida.

II

Tres hijas tenía un rey—todas tres en un igual,
todas visten un vestido,—todas calzan un calzar, [1]

1 Estos dos versos se encuentran también en el romance de *Doña Alda*.

todas tres van á paseo—por las orillas del mar.
La más pequeñita de ellas—se quedó un poquito atrás,
las hermanas van diciendo,—diciendo diciendo van:
—Si la infanta está preñada,—¿qué castigo la darán?
¡Mi Dios, si la quemarían!—¡Mi Dios, si la quemarán!
—Si tuviera un pajecito—de esos que suelo dar pan...
—¿Qué me quiere usted, señora,—que me quiere usted mandar?
—Que llevaras esta carta—á Oliveros el del Mar.
Vestido de seda tiene,—de fraile le va á tomar.
Da vueltas por el palacio—y á Oliveros va á encontrar.
Novedades traigo á usted—de alegría ó de pesar,
que á su querida la infanta—se la tratan de quemar.
Por *onde* no le ve gente—corre como un gavilán,
por *onde* le ve la gente—bien a[illegible] va
Ya pasaron por la hoguera—donde la van á quemar.
—Aguárdense *ustés* un poco,—que se *quie* reconciliar.
—De curas y religiosos—bien confesadita va;
ella, la picaronaza,—no lo quiere declarar.
Ya caminan *pa* la iglesia,—ya caminan, ya se van;
la ha encontrado de rodillas—la cara para el altar,
con el rosario en la mano,—haciendo penitencia está;
la ha cogido de la mano—y al confesonario va.
—Eso que *ties* en el vientre—¿qué padre lo piensas dar?
—No lo pienso dar más padre—que Oliveros el del Mar.
—Si eso de verdad dices—un abrazo me habrás de dar.
—No lo quiera Dios del cielo—ni la Reina Magestad,
que á un frailecito de misa—yo le hubiera de abrazar;
adonde besó Oliveros—no besa ninguno más.
La ha cogido en el caballo—ya camina, ya se va;
ya pasaron por la hoguera—donde la van á quemar.
—El rey que case á sus hijas,—que esta casadita va.

Recitado por Atanasia Balbás, de 61 años, *residente en Las Ballusas (Burgos).*

La infanta seducida.

III

A las doce de la noche—cuando los gallos cantaban,
cuando D. Cárlos de Amor—se levanta con su espada.
Aprisa pide el calzado,—más aprisa se le dan,
vestido lleva de seda,—zapatos de *ancordoban*,
caballo blanco llevaba—que el rey no le tiene tal.
Doña Clara que lo ha oido—se ha asomado á un *ventanar*.
—¡Que triste que va D. Cárlos—para con moros pelear!
—Más triste fuera, señora,—para con damas holgar.
. . . . . .
. . . . . .—ya la sacan á quemar.
—¡Quién tuviera pajecito—de los que comen mi pan!
Y uno que lo estaba oyendo—era sobrino carnal.
—Escríbame usté una carta, que yo se la iré á llevar.
. . . . . .
Eso que *tienes* en tu cuerpo, —¿por qué padre le has de dar?
—Yo le he de dar por padre—á D. Cárlos de Montealvar.
—¿Cómo ha de ser así eso,—si á cien leguas de aquí está?
. . . . . .

Recitado por Magdalena Vallejo, de 69 años, *residente en Frómista (Palencia).*

Galiarda. [1]

I

Madrugaba Galiarda, —hija del rey Galiardo;
no madruga por oir misa—ni la mata ese cuidado,
que va por ver los galanes—que van á misa del *Gallo*.
Iban condes y marqueses—y otros mayores de estado:
tambien iba el conde Niño, —y de él se ha enamorado.
Con el guante le ha hecho señas,—con la mano le ha llamado;
él, aunque luego comprende,—atento á la misa ha estado.
Así que acabó la misa—obedeció á su mandato.
—¡Oh! ¿Qué quiere Galiarda,—hija del rey Galiardo?
—Que me lieves, conde Niño,—desde el templo hasta el palacio.
Tambien si fuera tu gusto,—yo recibiria tu mano.
Por donde les ve la gente—de amores se van tratando;
por donde no les ve nadie—de amores se van tomando.
—¡Oh quién durmiera, Galiarda,—sólo una noche á tu lado!
—Dormirla, galán, dormirla,—dormirla aunque sean cuatro.
Y ha de ser con condición—que no te has de ir alabando.
Á otro dia de mañana—ya se ha *alabao* en palacio.
—Por los años de mi vida—no pasé noche más bella
que fué la noche pasada,—dormí con una doncella.

---

1 Consérvase en estos dos romances el nombre de *Galiarda* que aparece en las lecciones del siglo XVI (*Primavera* de Wolf.) sustituido en Asturias por *Tendeiana*, y en Portugal y Galicia por *Albaninha*. El primero de estos romances contiene adiciones dignas de notarse; el segundo es un tanto diferente.

Las sábanas son de holanda,—las colgaduras de seda,
para subir á su cama—es necesario escalera.
Todos dicen á una voz —que Galiarda lo era,
y si no lo es Galiarda,—lo será su compañera.
—No te alabes, conde Niño,—que te harán casar con ella.
—Juro la cruz de mi espada,—y mi dorada bandera,
de no casar con mujer—que su cuerpo me diera.
Como me lo ha dado á mí,—se lo dará á otro cualquiera.

Recitado por Vicente Barona, de 76 años, *residente en Villablanca (Burgos).*

Galiarda.

II

—Apostado tengo, padre, con el rey de Portugal,
el dormir con Galiarda,—antes del gallo cantar.
—¿Y para qué apuestas, hijo,—cosa que no has de ganar?
—Póngame toca de seda,—y encima un verde *brillar*, [1]
y á la puerta de Galiarda—iré un dia á pasear.
Galiarda y sus doncellas —me saldrían á mirar:
—¿De dónde es la tejedora, de qué pueblo ó qué ciudad?
—Yo soy una tejedora —que vengo de linde el mar;
me falta el hilo y la seda—para poderlo tramar,
me han dicho que Galiarda —me lo podía prestar.
—Aguarde usted, tejedora,—lo tengo sin devanar.
—Dé usted prisa á sus criados—que me tengo que marchar,
que *me se* acerca la noche—y tengo que caminar.
—No la dé *cuidao*, tejedora, —que conmigo dormirá.
—Con doncella, no, señora,—porque tendrá algun galán.

[1] ¡Brial?

Á eso de la media noche—Galiarda voces da.
—¿Qué es eso, mi Galiarda,—qué es eso que voces das?
—Es, padre, la tejedora,—que sueña con el telar,
que se la ha quebrado un hilo—y no le puede anudar.
—Levántate, Galiarda,—y la pones de almorzar
una tortilla con huevos—revuelta con solimán.

Recitado por Daría Castrillo, de 37 años, *residente en Los Balbases (Burgos).*

La niña guerrera.[1]

I

El rey manda pedir gente,—de cada casa un varón.
—¿Cómo lo he de dar, madre,—cómo lo tengo dar yo?
Siete hijas que Dios me ha dado—y entre ellas ningún varón.
Mi esposa tendrá la culpa.—Eso no la tengo, no.
—Por medio te partas, condesa,—por medio del corazón.
Ya responde la pequeña—á favor de la mayor:
—No jure, usté, padre mío,—no jure usté, padre, no.
Siete hijas que Dios le ha dado—y entre ellas ningún varón,
no tiene mi madre la culpa,—no tiene la culpa, no,
no tiene mi madre la culpa,—que no se les ha dado Dios.
Déme usté caballo y armas—que á la guerra voy por vos.
—No sois para en guerras, hijas,—no sois en para guerras, no;
que teneis la cara blanca—y se os conoce el varón (?).
La mi cara, padre mio,—ya me la quemará el sol.
Déme usté caballo y armas,—que á la guerra voy por vos.

---

1 No titubeo en calificar de muy notables estas tres versiones del romance de *La niña guerrera*, tan raro en castellano que sólo se ha publicado, por D. J. Menéndez Pidal, una versión de Asturias. El nombre supuesto de la niña guerrera (*D. Martín* ó *D. Martinho* en Portugal, *D. Martinos* en Asturias, y en una de estas versiones *Don Marcos de Zacarón*, coincidiendo con las cerdanas, en que se llama también *Don Marcos*. En otra de estas versiones llámase *Conde Marcos*, y en la última *Oliveros*. El cambio de asonante, que caracteriza á este y á algún otro romance, puede observarse en las tres. Merece notarse también que en la última de ellas se ha fundido este romance con el de *El prisionero*, conservado en forma casi igual á la del *Cancionero general* de 1511.

—No sois para en guerras, hija, —no sois para en guerras, no,
que teneis las manos blancas—y se os conoce el varón.
—Las mis manos, padre mío,—guantes las pondría yo.
Déme usté caballo y armas, —que á la guerra voy por vos.
—No sois para en guerras, hija,—no sois para en guerras, no,
que teneis el pelo largo,—y se os conoce el varón.
—El mi pelo, padre mío,—ya me lo cortaré yo.
Déme usté caballo y armas,—que á la guerra voy por vos.
—No sois para en guerras, hija,—no sois para en guerras, no,
que teneis los pechos altos—y se os conoce el varón.
—Los mis pechos, padre mío,—yo me pondré el casacón.
Déme usté caballo y armas,—que á la guerra voy por vos.
¿Cómo me he de llamar, padre?—¿cómo me he de llamar yo?
—Conde Alarcos y Ojos-lindos,—porque así lo manda Dios.
Ni nadie la ha conocido,—ni nadie la conoció,
sino que el hijo del rey—que de ella se enamoró.
—De amores me muero, madre,—de amores me muero yo;
los ojos del conde Alarcos—son de hembra y no de varón.
—Convídala tú, hijo mío,—á las tiendas á mirar,
que si ella mujer sería,—á los listones se irá.
—Escuche usté, madre mía,—por eso no ha de quedar.
La respuesta que me ha dado—yo se la sabré contar:
Un día la convidé—á las tiendas á mirar.
Todos los vasallos, madre,—se tiran á los listones,
conde Alarcos y Ojos-lindos—á los puñales mejores.
De amores me muero, madre,—de amores me muero yo;
los ojos del conde Alarcos—son de hembra y no de varón.
—Convídala tú, hijo mío,—á las huertas á mirar,
que si ella mujer sería—á las manzanas se irá.
—Escuche usté, madre mía,—por eso no ha de quedar.
La respuesta que me ha dado—yo se la sabré contar:
Un día la he convidado—á las huertas á mirar.
Todos los vasallos, madre,—se tiran á las manzanas,
conde Alarcos y Ojos-lindos—á enredar con la hortelana.
De amores me muero, madre,—de amores me muero yo,
los ojos del conde Alarcos—son de hembra y no de varón.

—Convídala tú, hijo mío,—á los caballos correr,
que si ella mujer sería,—no se ha de saber tener.
—Escuche usté, madre mía,—por eso no ha de quedar.
La repuesta que me ha dado—yo se la sabré contar:
Un día la he convidado—á los caballos correr,
Todos los vasallos, madre,—no habían ensillado,
conde Alarcos y Ojos-lindos—cuatro carreras ha dado.
De amores me muero, madre,—de amores me muero yo;
los ojos del conde Alarcos—son de hembra y no de varón.
—Cónvidala tú, hijo mío,—á los pozos á bañar,
que si ella mujer sería—no se ha querer desnudar.
—Escuche usté, madre mía,—por eso no ha de quedar.
La respuesta que me ha dado—yo se la sabré contar:
que es delicada de cutis—y no se puede bañar.
—Quédate con Dios, mi rey,—toda mi tropa lucida,
que siete años te ha servido—una doncella pulida.
Quédate con Dios, mi rey,—con todos los mis vasallos,
que otros siete te sirviere—si no fuere por el baño.

Recitado por Eustaquio Pelaez, 14 años, *residente en* Revilla Vallejera (*Burgos*).

La niña guerrera.

II

—Reventada seas, Maria—por *un par* del corazón.
De tres hijas que has tenido—entre ellas ningún varón.
No lo ha oido la del medio—ni tampoco la mayor;
lo ha oido la más pequeña—que se está peinando al sol.
—No nos maldiga usted, padre,—no nos maldiga usted, no.
Yo me vestiré de hombre—y á la guerra me iré yo.
—Tienes muy blanca la cara—para hacer tú de varón.
—Andaré al sol y al aire—que se me mude el color.
—Mucho te abultan los pechos—para hacer tú de varón,

—Yo mandaré á mi madre—bien apretado el *jugón*.
¿Al entrar en la ciudad—cómo me he de llamar yo?
—Oliveros, Oliveros,—hijo del conde Mañor.
Al entrar en la ciudad—tal relinchido pegó.
—¿Quién es ese caballero—que tal relinchido dió?
—Oliveros, Oliveros,—hijo del conde Mañor.
Ya le ponen siete arreos—sin conocer la menor.
Al cabo de los siete años—el conde la conoció.
—¿En qué la conoces, hijo,—en qué la conoces, *fror*? (?)
—En el calzar el zapato,—en el poner el *jugón*.
—Mándale tú, hijo mío,—para las tiendas mirar,
que si ella fuera hembra—cinta y faja ha de mirar,
Todos miran cinta y faja—y él mira cinta y puñal.
—Mándale tú, hijo mío,—para el molino mirar,
que si Oliveros es hembra—á la harina ha de mirar.
Todos miraban la harina—y él se mete á retozar.
—Mándale tú, hijo mío,—á los baños á bañar,
que si ella fuera hembra—no se querrá desnudar.
Todos entran en el baño—y Oliveros triste está.
—¿Tú qué tienes, Oliveros,—qué tienes que triste estás?
—Cartas me han enviado, cartas,—cartas que hacen de pensar,
que mi padre ya se ha muerto,—mi madre espirando está;
si *ustés* me dieran licencia—para poderme marchar.
—Licencia tienes por tuya,—ya te puedes marchar.
—Quédese con Dios el rey,—con Dios se puede quedar.
Siete años va quien le sirve—una doncellita *rial*.
—Vuelve, doncellita, vuelve,—tu dote te se dará.
—No quiero dote, buen rey,—mi padre me le dará,
que me calzará de oro,—de plata me vestirá.

Recitado por Gregorio Vega, de 19 años, *residente en Villota del Duque, Palencia*

La niña guerrera.

III

Mes de mayo, mes de Mayo,—cuando los fuertes calores,
cuando los trigos se encañan—y en el campo hay varias flores,
cuando los enamorados—regalan á los amores,
unos con naranjas dulces,—y otros con verdes limones.
Yo, pobrecito de mí,—metido en estas prisiones,
no veo cuando es de día,—tampoco cuando es de noche,
sino por tres avecitas—que cantan los fervores:
la una es la calandria,—la otra el ruiseñor,
y la otra es la golondrina—la que canta mejor;
andaba de rama en rama—y de montón en montón.
Le han venido cartas, cartas,—cartas al conde Mayor,
que *tié* que servir al rey—de cada casa un varón.
El conde tiene siete hijas,—entre ellas ningún varón.
—Maldito seas, condesa,—maldito tu corazón,
de siete hijas que has tenido—entre ellas ningún varón.
Saltó la más pequeñita,—con un descaro esplendor (sic):
—No maldiga usté á mi madre,—no la maldiga usté, no;
déme usté armas y caballo,—que á servir al rey voy yo,
—No le puedes servir, hija,—no le puedes servir, no,
que lo serás conocida—en esos pasos de amor.
—Estos pasos de amor, padre,—lentos les echaré yo;
déme usté armas y caballo,—que á servir al rey voy yo.
—No le puedes servir, hija,—no le puedes servir, no,
que lo serás conocida—en esos ojos de amor.
Estos ojos de amor, padre,—gachitos les traeré yo;
déme usté armas y caballo—que á servir al rey voy yo.
No le puedes servir, hija,—no le puedes servir, no,
que lo serás conocida—en esos pechos de amor.

—Estos pechos de amor, padre,—petos les echaré yo:
déme usté armas y caballo,—que á servir al rey voy yo.
La ha dado armas y caballo,—á servir al rey marchó,
cuando en medio del camino—de su nombre se acordó.
—¿Cómo me he de llamar, padre,—cómo me he de llamar yo?
—Te llamarás, hija mía,—D. Marcos de Zacarón.
Siete años peleando estuvo,—ninguno la conoció,
sino que el hijo del rey—que la ha mirado á traición.
—De amores me muero, madre,—de amores me han de enterrar;
que los ojos de D. Marcos—son de mujer natural.
—Convídala tú, hijo mío,—á la huerta á pasear;
si D. Marcos es mujer—la fruta la ha de llevar.
Pero tocante á la fruta,—tres peras cogió no más:
—Una para mí, comer,—otra para mí, guardar,
otra para la mi esposa—que no sé dondé estará.
—De amores me muero, madre,—de amores me han de enterrar,
que los ojos de D. Marcos—son de mujer natural.
—Convídala tú, hijo mio,—á los baños á bañar;
si D. Marcos es mujer—no se querrá desnudar.
—Vente conmigo, D. Marcos,—en mis baños bañarás.
—Perezco de mal de ijada—y no me puedo mojar.
—De amores me muero, madre,—de amores me han de enterrar,
que los ojos de D. Marcos—son de mujer natural.
—Convídala tú, hijo mío,—á una fonda á merendar;
si D. Marcos es mujer—en *siento* bajo ha de sentar.
Pero ella, como es discreta,—á lo más alto se vá.
Estando un día jugando—en la casa de billar,
con los demás compañeros—el hijo del rey que vá:
—Estáte, estáte, D. Marcos,—con buena calma te estás:
el caballo tienes muerto—en el prado de Malvar.
—¡Ay, pobre de mí, cuitada,—mi padre qué me dirá!
—Eso es lo que saber quiero,—que el caballo bueno está.

Barcelona. Prudencio Miguel, [illegible]

El prisionero

1

Por Mayo por Mayo era,—cuando los grandes calores,
cuando los trigos se encañan—y los campos echan flores,
Yo, pobrecito de mí,—metido en estas prisiones.
Sólo tenía una tórtola—que me cantaba los amores,
me la mató un caballero, —Dios le dé las galardones.

(Continúa el romance de *La niña guerrera*).

Recitado por Dominica Alonso, de 52 años, *residente en* Astudillo *Palencia*

Venganza de honor [1]

I

Por un caminito angosto—se pasea una blanca niña,
con la falda arregazada—y la nieve á la rodilla.
La nieve caía á copos—y agua menuda y fría.
Con el pié pisa la nieve—con el zapato lo trilla.
Miraba á un lado y á otro—por ver si alguno la *vía*.
La estaba viendo un galán—de los que la pretendían.
La niña de que le vió—dejó de andar y corría.
Mucho corría el caballero—pero más corre la niña.
Donde la vino á alcanzar—al pié de una verde oliva.
—¿Dónde vá la niña blanca,—dónde vá la blanca niña?
—Voy á bodas de mi hermano—que casarse pretendía.
—Si tú me quieres á mí—yo iría en tu compañía.
—Yo no te quería á tí—que mis padres no querían.
—Yo se lo diré á tu madre—por ver lo que me decía,
yo se lo diré á tu padre—por ver lo que respondía.
Estando en uno y en otro—el puñal se le caía.
La niña, como no es boba,—para sí le recogía;
se le metió por el pecho—á un costado le salía.
Con las ansias de la muerte—estas palabras decía:
—Si te alabas en tu tierra—no te alabes en la mía,

(1) Estos romances tienen por asunto la *venganza femenina*, tan difundido en la poesía popular de toda Europa. La primera de estas versiones coincide con otras ya conocidas. Mucho más interés ofrece la segunda, pues no es sino el romance de *Rico Franco*, que según hace constar Menéndez y Pelayo, se calificaba ya de *muy viejo* en un pliego suelto del siglo XVI. Alguna variación hay en el comienzo. Ha desaparecido el nombre de *Rico Franco*; pero el asonante es el mismo, con la misma abundancia de consonantes en *és* y aún se dice que el galán asesinado era *aragonés*.

que has matado á un galán—con las armas que él traía.
Se le cogió en el caballo,—sube montañas arriba.
Allí había un ermitaño—ganando su santa vida.
—Por Dios te pido, ermitaño,—por Dios te lo pediría,
que me dejes enterrar—un cuerpo que aquí traía.
—Entiérrale, niña blanca,—entiérrale, blanca niña.
Con el su puñal dorado—la *sepoltura* le hacía,
con la su espada dorada—le echaba la tierra encima.
con lágrimas de sus ojos—le echaba el agua bendita.
—Por Dios te pido, ermitaño,—por Dios te lo pediría,
cuando pases por aquí—reces un Ave María.

Recitado por Agapita Tejedor, de 21 años, *residente en Villoldo del Duque—Palencia.*

Venganza de honor.

II

Un rey tenía una hija—que se llamaba Isabel,
y no la daban sus padres—por ningún interés,
ni por oro ni por plata,—ni por alhajas del rey,
ni por dinero que cuenten—tres contadores al mes.
Una tarde la jugaron—al juego del *avapés*;
la ha ganado un lindo mozo,—lindo mozo aragonés.
Para sacarla de casa—mató á sus hermanos tres,
y á su padre y á su madre—presos los dejó también.
En el medio del camino—la dice el aragonés:
—¿Por qué vas triste, bien mío,—por qué vas triste, Isabel?
¿Si vas triste por tus padres—ó por tus hermanos tres?
—No voy triste por mis padres—ni por mis hermanos tres.
Dame tu puñal dorado—que yo te le volveré.
—Si me dices para cuándo,—para cuándo, para qué.
—Para partir una pera,—que vengo muerta de sed.

Se le ha dado del derecho,—le ha cogido del revés,
De dos idas y venidas—la cabeza fué á los piés,
y á las ánsias de la muerte—la dice el aragonés:
—Ni en tu tierra ni en la mía—no te alabarás después,
que has matado á un lindo mozo,—lindo mozo aragonés.

Recitado por Daria Castrillo, de 37 años, *residente en Los Balbases (Burgos).*

Venganza de honor

III

La mañana de S. Juan—al punto que amanecía,
vieron salir á una monja—de su convento afligida.
No lleva traje de monja,—sino es de dama pulida.
Lleva tacón valenciano—y media de seda fina,
y se iba alzando el vestido—por el rocío que hacía.
Ha vuelto á mirar atrás—por ver si alguno la *vía*;
vió venir á un caballero,—y era el que la pretendía.
—Espérese usted, la guapa,—y espérese usted, la linda.
—Ande usted, el caballero—que andando me alcanzaría.
Ya la ha venido á alcanzar—en una oscura montiña.
Le ha dado tres puñaladas—con las armas que él traía,
y se le cayó el puñal—de su dorada *petrìna*.
La dama por sí no es boba,—ella por sí le cogía.
En andando siete leguas—una ermita encontraría.
—Por Dios le pido, ermitaño,—por Dios y Santa María,
que me entierre usté este cuerpo—que yo se lo pagaría.
—Entiérrele usted, la blanca,—y entiérrele usted, la linda.
Con la espada le hace el hoyo,—con el puñal le cubría,
con lágrimas de sus ojos—le echaba el agua bendita.

Recitado por Angela Muñoz, de 56 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos).*

Silvana.

I

Se pasea la Oservanda—por la su huerta florida.
Su padre la está mirando—desde una alta celosía.
La ha mandado á llamar—con un paje que tenía.
—¿Que me quiere el rey mi padre,—qué me *quié* su señoría?
—Dormir una noche contigo - tres horas antes del día.
—Las penas del infierno,—mi Dios, ¿quién las pasaría?
—Iremos al Padre Santo,—que aquél las perdonaría.
Ya se vá la Oservanda—tan triste y tan afligida
En el medio de la huerta—á su madre encontraría.
—¿Dónde va la mi Oservanda—tan triste y tan afligida?
A mudarme voy, mi madre,—de otra camisa más limpia,
que para dormir con reyes—está muy sucia la mía.
Oservanda, ponte mi ropa, —yo la tuya me pondría,
Oservanda, vete á mi cama, que yo á la tuya me iría.
A eso de la media noche amores la requería.
—No estás aqui tú, Oservanda, no estás doncella, hija mía,
Cómo *quiés* que sea doncella—de tres infantes parida.
Primero fué á D. Carlos,—la segunda fué á María,
la tercera fué á Oservanda—que era la que tú querias.
—Viva la reina cien años,—la reina cien años viva,
me ha sacado de un pecado—que pasaba de herejía.

Recitado por Cándida Reguera, de 18 años, residente en Palencia

Silvana.

II

Se pasea la Silvana —por la su huerta florida;
si bien toca la guitarra,—mejor romances decía.
Su padre la está escuchando—desde una alta celosía.
—¡Más bien pareces, Silvana,—con ropa de cada día,
que la reina de tu madre—con la de Pascua florida.
Si quisieras, mi Silvana, ser la mi querida amiga...
—¿Y las penas del infierno, padre, quien las pagaría?
—El Padre Santo está en Roma que nos las dispensaría.
—Jesucristo está en el cielo—que nada se le cubría.
Dando gritos y alaridos—que en el cielo les metía.
—¿Por qué lloras, mi Silvana,—por qué lloras, hija mía?
Porque me voy á mudar—de otra muy blanca camisa,
que para dormir con reyes—está muy negra la mía.
—No llores tú, mi Silvana,—no llores tú, hija mia;
tú te irás á la mi cama —y yo á la tuya me iría;
tú te pondrás mi camisa,—yo la tuya me pondría.
A eso de la media noche —de amores se requería.
—No estás doncella, Silvana,—no estás doncella, hija mía.
—¿Como *quiés* que esté doncella —de tres infantes parida?
El primero fué D. Carlos,—la segunda la María,
la tercera la Silvana,—toda la flor de Castilla.
—Viva la reina cien años,—cien años la reina viva,
que me quitó de un pecado—que pasaba de heredía.

Recitado por Saturnina Mancho, de 40 años, *residente en Valladolid (Palencia).*

Silvana.

III

Se pasea la Silvana—por la su huerta florida;
piensa que nadie la ve—y el rey su padre la mira.
—¡Qué bien que te está, Silvana,—la ropa de *los* los días!
Mejor que á tu madre—la de las Pascuas floridas.
Si quisieras tú, Silvana,—si quisieras tú ser mía...
—Yo bien lo sería, padre,—yo, padre, bien lo sería;
también sabes que hay un Dios—que cuenta nos tomaría.
—El Padre Santo está en Roma—que nos lo perdonaría.
Y Silvana que bajaba—y su madre que subía.
—Suba usted, mi madre,—para la su cama linda,
que el querido rey mi padre—está en espera mía.
—Ven aquí tú, hija Silvana,—ven aquí tú, hija querida.
—¿Cómo he de ser tu Silvana—*fuendo* tres veces parida?
Primero parí á D. Juan,—segunda doña María,
tercera tu hija Silvana—que en buena hora fué nacida.
—Bendita seas, Silvana,—y la leche que mamaste;
de las penas del infierno,—Silvana, tú me libraste.

Recitado por Daria Castrillo, de 37 años, *residente en Los Balbases (Burgos).*

Delgadina.

I

Tres hijas tenia un rey—todas tres como una plata;
la más pequeñita de ellas—Delgadina se llamaba.
—Hija mía Delgadina, tú has de ser mi enamorada.
—No lo quiera Dios del cielo—ni la Virgen Soberana,
ser de mi padre mujer,—de mis hermanos madrastra,
y á la reina de mi madre—hacerla yo mal casada.
—Altos, altos, los mis pajes, á Delgadina cerrarla,
cerrarla en un aposento—que tenga cuatro ventanas.
Me la dareis á comer—de las carnes arrastradas,
me la dareis á beber—del agua de las pescadas.
Halló días y viniendo,—se la ha abierto una ventana;
desde allí ve á su hermana—que en paño fino bordaba.
—Hermana, si eres mi hermana,—te pido una jarra de agua,
que de sed, que no de hambre,—á Dios quiero dar el alma.
—De vino te la daría,—de vino mejor que de agua;
si el rey mi padre me viera— la cabeza me cortara.
Halló días y viniendo—se la ha abierto otra ventana,
desde allí vió á su hermano,—que á la pelota jugaba.
—Hermano, si eres mi hermano,—te pido una jarra de agua,
que de sed, que no de hambre,—á Dios quiero dar el alma.
—De vino te la daría,—de vino mejor que de agua;
si el rey mi padre me viera—la cabeza me cortara.
Halló días y viniendo,—se la ha abierto otra ventana,
desde allí ve á su madre—en silla de oro sentada.
—Madre, si es usted mi madre,—la pido una jarra de agua,

que de sed, que no de hambre,—á Dios quiero dar el alma.
—Quítate de ahí, Delgadina,—quítate, perra malvada;
siete años, ya va para ocho,—me has tenido mal casada.
Y otros tantos, la mi madre,—me ha tenido aquí cerrada.
Halló días y viniendo—se la ha abierto otra ventana,
desde allí ve á su padre—que por la plaza paseaba.
Padre, si es usted mi padre,—le pido una jarra de agua,
que de sed, que no de hambre,—á Dios quiero dar el alma.
Altos, altos, los mis pajes,—á Delgadina darla agua.
Unos con jarras de vidrio,—otros con jarras de plata,
el que primero llegase—una ciudad le mandara,
el que el último llegase—la cabeza le cortara.

. . . . . .

A los piés de Delgadina—mana una fuente muy clara.
La cama de Delgadina—de ángeles está cercada,
la cama del rey su padre—de demonios atestada,
y la cama de su madre—de una culebra enroscada.

Recitado por Emiliana Martínez, de 11 años, *vecina de* Villadrigo (*Palencia*).

Delgadina.

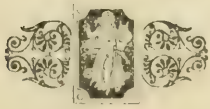
II

. . . . . .

Delgadina, Delgadina,—tú has de ser mi enamorada.
—No lo quiera Dios del cielo—ni la Virgen soberana.
Ella tenia un castillo—que tiene siete ventanas,
todas siete con sus llaves,—todas siete eran de plata.
Quiso la reina del cielo—que se abriese una ventana,
desde allí vió á sus hermanos,—jugando á la barra estaban.
—Hermanos, si sois hermanos,—*tiriime* una jarra de agua,
más de sed que no de hambre—á mi Dios voy dando el alma:
el alma tengo en un hilo—y el corazón se me arranca.

—Quitate de ahí, Delgadina,—quitate, perra malvada,
que si mi padre te viera—la cabeza te cortara.
Se quitó de allí la triste,—se puso en otra más alta.
Quiso la reina del cielo—que se abriese otra ventana,
y desde allí vió á su madre—en silla de oro sentada,
bordando paños de seda—también vestidos de holanda.
—Madre, si es usted mi madre,—por Dios, una jarra de agua,
más de sed que no de hambre—á mi Dios voy dando mi alma:
el alma tengo en un hilo—y el corazón se me arranca.
—Quítate de ahí, Delgadina,—quítate, perra malvada,
que ya va haciendo siete años—que me has hecho mal casada.
Se quitó de allí la triste,—se puso en otra más alta.
Quiso la reina del cielo—que se abriese otra ventana,
y desde allí vió á su padre,—con unos pajes estaba.
—Padre, si es usted mi padre,—por Dios, una jarra de agua;
más de sed que no de hambre—á mi Dios voy dando el alma;
el alma tengo en un hilo—y el corazón se me arranca.
—Unos con jarras de oro,—otros con jarras de plata;
al que más pronto llegase—el palacio le mandara,
al que más tarde llegase—la cabeza le cortara.
La cama de Delgadina—de ángeles rodeada,
y la cama de su madre—de culebras enroscadas,
y la cama de su padre—los demonios levantaban.

Recitado por Encarnación Plaza de 17 años, *residente en Villamedianilla (Burgos)*



La aparición

I

Camina la Virgen pura,—la bendita Magdalena,
con trescientos mil soldados—debaja de su bandera.
Unos gritan y otros *blíncan*—y otros hacen grandes fiestas,
menos un triste soldado,—los ojos lleva á la tierra.
Le pregunta el capitán.—¿Por quién lleva esa tristeza,
si es por padre ó es por madre,—ó es porque va usté á la guerra?
—Ni es por padre ni es por madre—ni es porque voy á la guerra;
es por que la mi Penosita,—la dejé niña y doncella,
y el dia que me quintaron—me dí las manos con ella,
—Siete años te doy de libre—para que disfrutes de ella,
y en pasando los siete años—volverá usté á mi bandera.
Ya marchó el triste soldado—ya marchó por esas tierras,
y en el medio del camino—un caballerito encuentra.
—¿Dónde vas, triste soldado,—dónde vas por estas tierras?
—Voy en busca de Penosa,—la dejé niña y doncella
y el dia que me quintaron—las manos me dí con ella.
—Su Penosita ya es muerta,—que se lo vengo á decir:
las monjas que la llevaban—eran de Valladolid,
los frailes que la cantaban—eran de San Agustin.
No te asustes, caballero,—no te asustes tú de mí,
que yo soy tu Penosita—que te salgo á recibir.
—Si fueras mi Penosita—te abrazarías á mí.
—Brazos con que te abrazaba—en el hoyo los dejé,
labios con que te besaba—en un paño los volví.
Voyme, voyme, caballero,—voyme, voyme yo de aquí,

que tengo el cuerpo en las andas,—el alma la tengo aquí.
Si te casas, caballero,—cásate en Valladolid.
La primer hija que tengas—la llamarás Beatriz;
cuando la *maldizcas* á ella,—me maldecirás á mí,
cuando la *bendizcas* á ella—me bendecirás á mi;
y si tienes algún hijo,—métele en San Agustin,
que de allí fueron los frailes—que me cantaron á mí.
Adios, adios caballero—Adios, adios, Beatriz.

Recitado por Alberta Sáiz, de 25 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos)*

La aparición

II

Aquel rey de los romanos—siete años de servir;
él no me pagó soldada,—tampoco se la pedí.
A los siete años que estuve,—á los siete años que fuí
me envían á llevar cartas,—cartas á Valladolid.
Como el tiempo está engorroso,—mucho me detuve allí.
A la vuelta que volviere—y á la vuelta que volví,
me encuentro con un romero—de esos que andan á pedir.
—¿Dónde va el buen caballero,—dónde vás, triste de tí?
—Voy á ver á la mi esposa—que hace tiempo que la ví.
—La tu esposa ya está muerta,—muerta está, que yo la ví.
Cien doncellas la lloraban,—caballeros más de mil,
y de esa gente menuda—yo no lo puedo decir.
La mortaja que llevaba—era de lienzo país;
las andas que la llevaban—eran de oro y marfil;
su manada de caballos—la caja quieren cubrir.
Se marchó á hacer oración—á la ermita de S. Gil,
y estando haciendo oración—ha visto un bulto salir.
—No temas, gran caballero,—no tengas miedo de mí,

porque yo soy la tu esposa,—la tu esposa Beatriz.
—Si tu eres la mi esposa,—¿pues no te abrazas á mí?
—Brazos con que te abrazaba—á la tierra se los dí;
labios con que te besaba—turbados los traigo aquí,
y ojos con que te miraba—los cerré y no los abrí.
Adios, adios, caballero,—yo no puedo estar aquí;
he dejado mi alma penando—por venirte á ver aquí.

Recitado por Demetria Santamaría, de 28 años, *residente en los Balbases (Burgos*

Don Juan [1]

En la corte de Madrid—va un caballero á la iglesia;
más va por ver á su dama—que no por ver las completas.
Se ha arrimado allí á un difunto—que está fundado de piedra;
cógele barba y cabello,—le dice de esta manera:
—¿Te acuerdas, gran capitán,—cuando estabas en la guerra
fundando nuevas vasallas—y banderillas de guerra,
y ahora te ves aquí—en este bulto de piedra?
Yo te convido esta noche—á cenar á la mi mesa,—
El santo, como no duerme,—en olvido no lo echa.
A eso del anochecer—llega el santo á la puerta.
Ha bajado á responder—un criadillo de mesa.
—Criadillo, díle á tu amo—que el convidado de piedra
que convidó en San Francisco,—viene á cumplir la promesa.
El criadillo, asustado,—á su amo le da cuenta.
—Dile que suba, que suba,—que ya está puesta la mesa
de perdices y conejos—y de otras cosillas buenas.
Le han acercado una silla—para que se siente en ella,
hace que come y no ceme,—y hace que cena y no cena.
—Yo no vengo por cenar,—vengo por ver cómo cenas.

1 Creo innecesario encarecer la importancia de este romance, en el que aparece ya íntegra la tradición que utilizó Tirso de Molina para su *Burlador de Sevilla* y que después aprovecharon tantos autores. De asunto parecido á este romance se han publicado tres: uno recogido en Curueña (León), por D. Juan Menendez Pidal (*Infiel gitana* de M. Pelayo, t. X, p. 209); otro procedente de Chile, dado á conocer por D. Juan Menendez Pidal (*Cultura Española*, núm. I, p. 95); y otro que este mismo señor recogió en Riaza (Segovia). Mi buen amigo D. Victor Said Armesto publicará tres versiones recogidas por él en Galicia. En todos ellos, excepto en el de Riaza, el caballero invita á la cena no á una estátua, sino á una calavera. Y ninguno es tan completo como éste de Revilla Vallejera, en que aparece ya el convite con todos sus detalles, resaltando el carácter galanteador y la fuerza de ánimo de D. Juan.

Yo te convido otra noche—á cenar á la mi mesa.
El caballero, asustado,—al confesor le da cuenta,
y le ha dicho el confesor:—Hijo, comulga y confiesa.
Llévate ese relicario—que te sirva de defensa.
Al toque de la oración—va el caballero á la iglesia.
Vió dos luces encendidas—y una sepultura abierta.
—Arrímate, caballero,—arrímate acá, no temas.
Tengo licencia de Dios—de hacer de tí lo que quiera.
Si no es por el relicario—que te traes en tu defensa,
la tajada que quedare—había de ser la oreja,
porque otra vez no te burles—de los santos de la iglesia.

Recitado por Angela Muñoz, de 56 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos.)*

Doña Arbola

I

Paseaba la Balbuena—por su palacio real;
dolores la dan de parte—que la hacen arrodillar.
Entre dolor y dolor—iba cantando un cantar:
—¡Quién pudiera estar ahora—donde la mi madre está,
en brazos del rey mi padre—que me los ayudará á pasar!
Y su suegra que lo ha oido—del balcón en donde está:
—Camínate tu, Balbuena,—si te quieres caminar,
que si tu marido viene—yo le pondré de cenar,
cebada para el caballo,—cebo para el gavilán.
Casa que tiene dos puertas—es muy mala de guardar;
por la una sale la dama, —por la otra entra el galán.
—¿Dónde está mi espejo, madre?—¿Mi espejito dónde está?
—¿Qué espejito pides, hijo,—el de brillo ó el de cristal?
—Yo no pido el de brillo—ni tampoco el de cristal,
que pregunto por mi esposa;—¿y mi esposa, dónde está?
—La tu esposita, querido,—por esos caminos va,
dando voces y alaridos—como mujer de un truhán:
que tú la cierras el vino,—que tú la cierras el pan,
que tú la cierras las damas—con quien ella suele estar,
que tú la cierras los peines—con que ella se ha de peinar.
—Juro en la cruz de mi espada—y en mi dorado puñal
donde quiera que la encuentre—que la tengo de matar.

Ha andado una jornadita—para á ella irla á buscar,
y en medio del caminito—un paje llegó á encontrar.
—*Albericias*, D. Bernardo, —*albericias* te he de dar,
que ha parido la Balbuena—un infante muy galán.
—Ni el infante mame leche, —ni la madre coma pan;
la leche que el niño mame se le vuelva rejalgar,
y el pan que la madre coma —se la vuelva solimán.
—¿Quién es ese, madre mía,— tan descortés en hablar?
—Es tu esposito querido—que te ha venido á buscar.
—Si es mi esposo, madre mía,—mándele que suba acá,
que beba del tinto vino,—que coma del blanco pan.
—No quiero tu tinto vino—ni quiero tu blanco pan,
que quiero que te levantes—de la cama donde estás.
Si te lo vuelvo á decir—ha de ser con el puñal.
—Tráigame el vestido, madre,—que me quiero levantar,
—¿Qué vestido pides, hija,—el de seda ó de tartán?
—Tráigame usted el que quiera, —que para mí ha de bastar.
Las damas que la vestian—no hacen más que suspirar,
y las que al niño envolvian—no hacían más que llorar.
los caballos en la cuadra—no cesan de relinchar,
hasta los gallos cantaban—que no puede caminar.
—La mujer de un pastorcito ocho dias suele estar;
yo, mujer de un caballero,—dia y medio no cabal.
Ya la monta, ya la lleva,—por la carretera real,
y ha andado una jornadita—y ha vuelto á mirar atrás.
—¿Qué te se olvida, Balbuena,—algún justillo ó pañal?
—No se me olvida justillo—si se me olvida pañal.
Las ancas de tu caballo—bañadas en sangre van;
las hierbecitas del campo—me parecen azafrán.
—Apéate, tú, Balbuena,—si te quieres apear,
darás de mamar al niño—que gana ya la tendrá.
—El niño no quiere leche,—que ya muertecito va;
su madre poco la falta—para concluir de espirar.
Quiero que llames á un cura, —que me quiero confesar
alrededor de una ermita, —que adentro no puedo entrar.
Con tu capita de raso—la mortaja me pondrás,

con la punta de tu espada—la losa levantarás,
con lágrimas de tus ojos—agua bendita echarás.

Recitado por Luisa García, de 49 años, *residente en Revilla Vallejera. (Burgos.)*

Doña Arbola.

II

Se pasea la Narbola—por su palacio real;
dolores la dan de parto—que la hacen arrodillar,
Entre dolor y dolor—estas palabras dirá:
—Quién estaría ahora—en casa del rey mi padre.
Me diera para mantillas—y también para pañales;
yo los dolores pasara—en los brazos de mi madre.
La maldita de la suegra—escuchándoselo está:
—Camínate, mi Narbola,—si te quieres caminar,
que cuando venga D. Bueso—yo le daré de cenar,
yo le daré de mi vino,—yo le daré de mi pan,
y paja para el caballo—y cebo *pa* el gavilán.
Por una puerta va Narbola—por otra D. Bueso entrar.
—¿Dónde está mi espejo, madre,—dónde está mi espejo ya?
—¿Qué espejo preguntas, hijo,—por el de oro ó el de cristal?
—No pregunto por el de oro,—tampoco por el de cristal.
Pregunto por mi Narbola—donde me suelo mirar.
—Por esos caminos, hijo,—por esos caminos va.
A mí me ha llamado puta—y á tí hijo de un rufián.
Si no lo castigas eso,—no te daré de cenar,
no te daré de mi vino—ni tampoco de mi pan,
ni paja para el caballo,—ni cebo *pa* el gavilán.
Coge el caballo de viento,—corre que al galope va;
en el medio del camino—un pajecito encontrar:
—Albricias hay, D. Bueso,—albricias hay que dar,

La hermosa doña Narbola—un infantillo galán.
—Ni el infantillo se crie,—ni la madre coma pan.
Ha llegado al palacio,—su suegra esperando está.
—Albricias hay, D Bueso,—albricias hay que dar.
La hermosa doña Narbola—un infantillo galán.
—Ni el infantillo se crie—ni la madre coma pan.
—¿Quién es ese caballero—tan incomodado está?
—Es tu marido, hija mia,—que te ha venido á buscar.
—Dígale que no estoy en casa,—dígale que no está.
—Eso sí que no, hija mía,— . . . . . .
que la mujer al marido—núnca la puede negar.
—Levántate, mi Narbola,—si te quieres levantar,
que otra vez que te lo diga—ha de ser con el puñal.
Los pajes que la vestian—no dejan de suspirar,
y los que la calzaban—no dejaban de llorar.
Ya la puso en su caballo;—derechos á casa van.
—¿Cómo me niegas, Narbola,—como solías hablar?
—¿Cómo quieres que yo te hable—como te solía hablar?
Las ancas de tu caballo—cubiertas de sangre van;
las hierbecitas del campo—se secan como azafrán.
Bájame *pa* esa ermita,—que me quiero confesar.
Estándola allí esperando—una voz oyó bajar:
Camínese uste, mi padre,—si se quiere caminar.
Mi madre ya está en el cielo—y yo en el limbo por no bautizar,
mi abuela está en los infiernos—y usté no sé dónde irá.
Maldito. . . . . .—que de mujeres se cree;
yo por fiarme en mi madre—perdí hijo y mujer.

Recitado por Saturnina Mancho, de 40 años, *residente en Villalobón (Palencia).*

Doña Arbola.

III

Se pasea doña Arbola—por su palacito real;
dolores la dan de parto—que la hacen arrodillar,

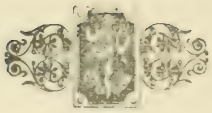
—Si estaría en *ca* mi padre—tendría ricas mantillas
y á la reina de mi madre—tendría por compañía
La pícara de su suegra—que escuchándoselo está:
—*Caminuisos*, doña Arbola,—*caminaisos* para allá,
que si viniera D. Buestro—yo le diera de cenar.
Yo le diera blanco vino,—yo le diera blanco pan,
cebada para la mula,—cebo para el gavilán.
Doña Arbola por una puerta—y D. Buestro por otra entrar
—¿Dónde está mi espejo, madre—que no me sale á alumbrar?
—¿Qué espejo me pides, hijo,—el de vidrio ó el de cristal?
—La digo á usté mi Enarbola;—mi Enarbola ¿dónde está? [1]
—Tu Enarbola, hijo mio,—por esos caminos va,
dando voces como loca,—va diciendo de tí mal;
que la encerrabas el vino,—que la encerrabas el pan.
No te tengo, hombre, por hombre,—si no la vas á buscar,
y á las ancas del caballo—atada me la has de dar.
Ya caminaba D. Buestro,—ya camina, ya se va;
no pregunta por posada,—tampoco por hospital, [2]
pregunta por el palacio—donde rey y reina están.
A la entrada de palacio—un paje salió á encontrar:
—*Albericias*, amo nuestro,—bien *sos* las podemos dar,
que tenemos un infante.—Dios nos le deje criar.
—Ni el infante mame leche—ni la madre coma pan.
Ha *dao* un puntapié á la puerta—que la casa hizo temblar.
—Que te levantes, Arbola,—si te quieres levantar,
que si otra vez te lo digo—ha de ser con el puñal.
—Una mujer de un pastor—ocho dias suele estar;
yo, hija del rey mi padre,—estoy un dia y no cabal,
Si estaría el rey mi padre—no me dejara sacar,
pero así de las mujeres,—que nos dejamos mandar.
—*Pa* eso es tu marido, hija,—yo no lo puedo evitar.
Las damas que la vestian—no dejaban de llorar,
los pajes que la calzaban—no dejan de suspirar.
—Adios, *criaos* de mis padres,—que comeis su blanco pan,

---

1 Esta recitadora decía, según los casos, *Arbola* ó *Enarbola*.
2 Reminiscencia de un romance de *Guiperos*.

adios, damas de palacio,—que no me volveis á hablar.
Andaron siete jornadas—sin volver la cara atrás,
pues al cabo de las ocho—se hallaron á un gavilán.
—¿Cómo no mirais, D. Buestro,—cómo no mirais atrás?
Todas las flores del campo—teñidas de sangre están.
—¿Cómo no hablas, Enarbola?—Porque no tengo que hablar.
Ahí *lante* en esa ermita—me quisiera confesar.
Allí espiró doña Arbola—y el niño supo hablar.
¡Oh, qué niño tan bendito—que de un dia supo hablar!
—Malditos sean los hombres—que de mujeres se creen
Yo, por creerme de mi madre,—he perdido hijo y mujer.

Recitado por Petra Gutierrez, de 42 años, *residente en Torquemada (Palencia*



La muerta de sobreparto.

I

Aquella señora—del mandil de seda,
con la escoba barre,—con los ojos riega.
Solita va á misa, —sola viene de ella,
si no es su marido—que viene con ella,
Sola hace la cama,—sola duerme en ella,
si no es su marido,—que duerme con ella,
A los nueve meses—un dolor la diera:
—Marido, marido,—si bien me quisieras;
á la tuya madre—á llamarla fueras.
—Levántate, madre,—del dulce dormir,
que la luz del dia—ya quiere venir,
la blanca paloma—ya quiere parir.
—Que para, que para,—que para un varón,
que reviente sangre—por el corazón.
—Vaya por Dios todo,—por la Virgen santa,
que á la mia madre—no la encuentro en casa.
—Marido, marido,—si bien me quisieras,
á la tuya hermana—á llamarla fueras.
—Levántate, hermana,—del dulce dormir,
que la luz del dia—ya quiere venir,
la blanca paloma—ya quiere parir.
—Que para, que para,—que para una niña,
que reviente sangre—por una costilla.
—Vaya por Dios todo,—por la Virgen santa,
que á la mia hermana—no la encuentro en casa.

—Marido, marido,—si bien me quisieras,
á la mia madre—á llamarla fueras.
—Levántate, suegra,—del dulce dormir,
qué la luz del dia - ya quiere venir,
la blanca paloma—ya quiere parir.
—Espérate, yerno,—un poco á la puerta,
mientras yo recojo—las ricas riquezas,
las ollas de miel—y las de manteca.
—Dime, pastorcito—que guardas ovejas,
dime por quien tocan—las campanas nuevas.
—Por una señora—de muy lejas tierras,
por malas hermanas—y peores suegras.

Recitade por Juliana Pino de 21 años, *residente en Palencia.*

La muerta de sobreparto.

II

Aquella señora—del mandil de seda,
con la escoba barre—con los ojos riega,
con la boca dice:—¡quién fuera doncella!
Solita va á misa,—sola sale de ella,
sólo su marido—que sale con ella.
Sola hace la cama,—solita se acuesta,
sólo su marido—se acuesta con ella.
Y á la media noche—un dolor la diera,
dolores de parto,—que parir quisiera.
—Maridito mio,—si bien me quisieras,
á la tuya madre—á llamarla fueras.
—Levántate, madre,—del dulce dormir,
que la luz del dia—ya quiere venir,

y la bella rosa—ya quiere parir.
—Si la bella rosa—pariera una infanta,
quiera Dios reviente—y por la garganta.
—Consuélate, esposa,—con la Virgen pura,
mi madre no viene,—tiene calentura.
—Maridito mio,—si bien me quisieras,
á la tuya hermana—á llamarla fueras.
—Levántate, hermana,—del dulce dormir,
que la luz del dia—ya quiere venir,
y la bella rosa—ya quiere parir.
—Si la bella rosa—pariera un varón,
quiera Dios reviente—por el corazón.
—Consuélate, esposa,—con la Virgen Santa,
mi hermana no viene—ni la encuentro en casa.
—Maridito mio,—si bien me quisieras
á la mia madre—á llamarla fueras.
—Levántese, suegra,—del dulce dormir,
que la luz de dia—ya quiere venir,
y la bella rosa—ya quiere parir.
—Aguárdate, yerno,—un poco á la puerta,
mientras yo preparo—las ricas envueltas.
Mientras tú preparas—la mulita cana,
yo prepararé—la bonita pava.
Mientras tú preparas—la mula frontina,
yo prepararé—la mejor gallina.
Montan á caballo—y echaron á andar,
y en medio del camino—oyen *encordear*
—Dinos, pastorcito,—dinos la verdad,
por quién *encordeaban*—en aquel lugar.
—Por una señora—de lejanas tierras,
que muere de parto—por no haber partera,
por malas cuñadas—y peores suegras.
Allá va su madre—llora por su hija:
—Llevarla las mozas—y ponerla cintas.
Allá va su esposo—á llorar por su esposa:
—Llevarla las mozas—y ponerla rosas,

Allá va el señor cura - con el sacristán,
y á la bella rosa—la van á enterrar
en el cementerio—de la eternidad.
—No tengo más hijas,—que si más tuviera,
no las casaría—tan lejanas tierras.

Recitado por Juliana Palacin, de 17 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos*

La dama pastora. [1]

I

Estaba D. Bueso—sentado á la mesa;
cartas le venían—que fuese á la guerra.
Estaba D. Bueso—sentado á comer,
cartas le venian—que fuera *ande* el rey.
—A la mi Marianita—me la cuidareis,
de la mano á misa—me la llevareis.
—A la tu Marianita—te la cuidaremos,
de la mano á misa—te la llevaremos.
—A la mi Marianita—me la cuidarán,
á bordar paños de holanda—me la enseñarán.
—A la tu Marianita—te la cuidaremos,
á bordar paños de holanda—te la enseñaremos.
La Marianita—no es *pa* bordar sedas,
que es *pa* guardar cabras—en Sierra Morena.
Tiene Marianita—la voz tan delgada,
que *asiente* á D. Bueso—desde donde estaba.
Tiene Marianita—la voz tan subida
que *asiente* á D. Bueso—desde las Indias.
—¿Dónde va D. Bueso—por angostas sendas?
—Voy á ver quién canta—por aquellas laderas
—¿Dónde va D. Bueso—por angostos senderos?
—Voy á ver quién canta—en aquellos morteros.
Dime, zagaleja—del dulce mirar!

(1) Este romance ofrece la particularidad de reunir elementos de otros varios como el de *La mala suegra*, *La vuelta del marido* y *Don Bueso*.

el mejor cordero—¿me podrias dar?
—El mejor cordero—yo se le daría,
pero tengo una suegra—que me mataría,
—Dime, zagaleja—del dulce mirar:
la tú meriendilla—¿me podrias dar?
—La mi meriendilla—yo se la daría,
pero tengo una suegra—que no la echaría
El caballero—se ha caminado,
á la zagaleja—atrás la ha dejado.
—Quite el caballero—frenos y silla,
que es donde yo cuelgo—mis nuevas capillas.
Quite el caballero—las cabezadas,
que es donde yo cuelgo—mis nuevas cacha as.
Quite el caballero—los cabezones,
que es donde yo cuelgo—mis nuevos zurrones,
Cenará el caballero—la polla guisada;
para la zagaleja—el pan de cebada.
Cenará el caballero—la guisada gallina;
para la zagaleja—la leche cabrina.
—Cenará el caballero—la polla guisada,
pero para la zagaleja—la mejor tajada.
Oiga usted, viudita—del lindo mirar:
esa hija que tiene—¿me la podría dar?
—Esta hija que tengo—no se la daría,
pero la zagaleja—no la negaría.
El caballero para la cama—se ha caminado,
y á la zagaleja—la ha llevado en brazos,
—Despierta, putiña,—de ese dulce sueño,
que la oveja bala—y quiere ir al yervo.
—Si la oveja bala—y quiere ir al yervo,
la su hija gallarda—que vaya con ello,
qne yo estoy en los brazos—de mi dulce dueño,

Recitado por Demetria Santamaría, de 28 años, *residente en Los Balbases (Burgos)*

La dama pastora.

II

Estaba D. Bueso—sentado á la mesa;
cartas le venían—que vaya á la guerra.
—A mi Marianilla—me la enseñarán,
de la mano á misa—me la llevarán.
A mi Marianilla—me la enseñarán
y á bordar en seda—me la enseñarán.
No *tié* Marianilla—*pa* bordar en paño;
va á guardar ovejas—en campos extraños.
No *tié* Marianilla—*pa* bordar en seda;
va á guardar ovejas—en tierras ajenas.
—¿Dónde va D. Bueso—por esas laderas?
—A ver cómo cantan—por esas senderas.
¿Dónde va D. Bueso— . . . . . .
. . . . . .
—Dime, zagaleja—del dulce mirar:
la tu meriendilla—¿tú me la darás?
—La mi meriendilla—yo se la daría
pero tengo una suegra—que me reñiría.
—Díme, zagaleja—del dulce mirar:
un cordero de esos—¿tú me lo darás?
—Un cordero de estos—yo se lo daría,
pero tengo una suegra—que me reñiría.
—Díme zagaleja—del dulce mirar
si en casa tu suegra—posada darán.
—Si va usté de rico—posada darán,
si va usté de pobre—se la negarán;
en casa mi suegra—eso se hace ya.
Para el caballero—la leche cocida,

para la zagala—la leche refría.
Para el caballero—la pollita asada,
para la zagala—ni un pan de cebada.
—Quite el caballero—lindos cabezones,
que es donde yo cuelgo—mis lindos zurrones.
Quite el caballero—lindas cabezadas,
que es donde yo cuelgo—mis lindas cayadas.
—Diga usted pastora—del dulce mirar:
la su hija gallarda—¿usted me la dá?
—La mi hija gallarda—no te la daré,
pero la zagala—te la entregaré.
Se entra el caballero—por lindos portones;
se tira la zagala—por altos balcones.
Se tira la zagala—por altas ventanas,
la coge el caballero—por sus lindas plantas.
—Levanta, putilla,—del dulce dormir,
que el ganado bala—que quiere salir.
—Si el ganado bala—que quiere salir,
la su hija gallarda—que le vaya á abrir.
—Levanta, putilla,—de ese dulce sueño,
que el ganado bala—que quiere ir al yervo,
—Si el ganado bala—que quiere ir al yervo,
la su hija gallarda—que vaya con ello,
que estoy en los brazos—de mi dulce dueño.

Recitado por Emiliana Martinez de 11 años, *residente en Villodrigo (Palencia)*

Don Bueso

I

Allá por los campos—de la verde oliva,
allá por los campos—camina una niña,
calzada de oro,—de seda vestida.
A la hija del rey—la llevan cautiva.
Camina don Güeso—de mañana un día,
camina don Güeso—en busca de amiga.
No la encuentra en pueblos—ni tampoco en villas
la encontró lavando—en una fuente fría.
—Quítate de ahí, mora,—hija de judía,
quítate que beba—mi caballería.
—Reviente el caballo—y en él quien venía,
que yo no soy mora—ni hija de judía,
que yo soy cristiana,—bautizada en pila.
—Si fueses cristiana—yo te llevaría,
pero si eres mora—ahí te dejaría.
Los paños de holanda—tráelos, vida mía,
los paños más fuertes—al fondo caían.
La coge don Güeso,—con ella camina.
En medio el camino—suspira la niña.
—¿Por qué lloras, bien,—por qué lloras, vida?
—Porque veo los montes—donde fuí nacida.
Mi padre el buen rey—plantó aquí esta oliva,
mientras la plantaba—yo se la tenía,
mi hermana mayor—bordaba y cosía,
yo, la más pequeña,—las sedas torcía,
mi hermano don Güeso—los toros corría.

—Según voy viendo—eres hermana mía.
Abrame usté, madre,—puertas de alegria,
qué fuí á buscar nuera,—y se la traigo hija.
—Si me la traes nuera—sea bien venida,
y si me la traes hija—mejor recibida.
—Siete años con siete—que pan no comía,
si no es que unas hierbas—de una fuente fría.
Déme usté las llaves—las llaves de arriba,
por ver si conozco—la ropa que es mía.
¡Ay faldas, mis faldas,—ay faldas las mías,
que las dejé nuevas—y las hallo rompidas!

Recitado por Agapita Tejedor de 21 años, *residente en Villota del Duque (Palencia)*

Don Bueso

II

A la hija del rey—la llevan cautiva,
la lleva una mora—para Morería,
y entre sus hijas—reina parecía.
—Echela usted, madre,—á lavar *los* los días.
Cuanto más lavaba—mejor parecía.
No darla comer—á pan ningún dia,
sólo que unos berros—en la fuentecilla.
Camina don Bueso—á buscar amiga.
No la encuentra en pueblos—ni tampoco en villas,
la encuentra lavando—en una fuentecilla.
—Quítate de ahí, mora,—ni ja de judía,
quítate que beba—mi caballería.
—Reviente el caballo—y en él quien venía,
que yo no soy mora—ni hija de judía,
que yo soy cristiana—bautizada en pila.
—Si fueras cristiana—conmigo vendrías.

Los paños de holanda—recógelos, niña,
los otros más bastos—ahí los dejarías.
Por los altos montes—gritos da la niña:
—Ya veo el palacio—donde soy nacida.
Mi padre don Juan—quien puso esa oliva;
mi hermano don Bueso—los toros corría,
mi hermana mayor—bordaba y cosía,
yo, la más pequeña,—la seda torcía.
—Por lo que te explicas—hermana eres mía.
Abráme usted, madre,—puertas de alegría,
iba á buscar nuera,—la traigo una hija.
—Si fuese una nuera—sea bien venida,
pero si es una hija,—con más alegría.
. . . . . —la niña decía;
—Basquiña de holanda,—basquiña la mía,
que te dejé nueva—y te encuentro rompida.

Recitado por Alberta Saiz, de 25 años, [illegible] *residente en Revilla Vallejera, Burgos)*

Los dos hermanos [1]

I

Un rey tenía dos hijas —tan bellas y tan queridas.
Las cautivaron los moros,—las llevan á Morería,
y la una renegó—y la otra no quería,
y para que renegase—á majar hierro la envian.
Cuanto más hierro majaba—más hermosa se volvía.
No se contentan con eso—que á lavar paños la envian;
con el agua y el jabón—los colores la comían,
con el agua y el jabón—más hermosa se volvía.
Estando un dia lavando—como otras veces solía,
vió venir á un caballero—de esos de la Andalucía,
que trae armas y caballo,—sobredorada la silla.
—Apártate, linda mora,—apártate, mora linda,
para que beba el caballo—de lo que claro corría.
Mientras que bebe el caballo—de amores la requería.
—Y los paños del buen rey—¿adónde los dejaría?
—Los que son de fina seda—conmigo los llevaría.
los que son de basta seda—por el rio abajo irían.
—El banquillo, que es de oro,—¿adónde lo dejaría?
La ha cogido de la mano—la ha puesto sobre la silla
Se han andado siete reinos—sin comida ni bebida,
y al terminar de los ocho—hallan una verde oliva,
y estando tomando el fresco—mira la moza hacia arriba.
—Esta olivita, señor,—mi padre la plantaría,
y mi hermanito don Carlos—á ayudar también vendría.

1 Este romance es un nuevo tipo del *Don Bueso*, menos común que éste.

Al oir esto D. Carlos—desmayado se caía.
La ha cogido de la mano—y á su madre se la envía.
—Abra usted la puerta, madre,—con muchísima alegría,
que en vez de traer la nuera—la traigo á su hija querida.
Abra usted la puerta, madre,—con mucha más alegría,
que en vez de traer mujer—traigo la hermana querida.

Recitado por Avelina Estéban, de 18 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos).*

Los dos hermanos

II

Cuando el rey de los murcianos,—aquel que reina en Turquía,
entre sus morillas tiene—una cristiana cautiva.
Es tan linda y tan hermosa—que á la mesa la ponía,
y la reina tomó celos—que á majar hierro la envía.
Cuanto más hierro majaba—más hermosa se ponía,
y no contenta con eso—á lavar paños la envía;
con la friura del agua—ella su color perdía.
Vió venir á un caballero—por el alto de una encina:
—Apártese, la mi mora,—apártese, mora linda,
deje beber al caballo—de ese agua serena y fría.
—Yo no me llamo la mora—ni tampoco mora linda;
soy cristiana como usted—y estoy bautizada en pila.
—Si quiere venir la mora—conmigo la llevaría.
—¿Y los paños del rey moro,—adónde los dejaría?
—Los que fueran de hilo y lana—el agua los llevaría,
los que fueran de oro y plata—en las alforjas irían.
¿Dónde quiere ir la mora,—en las ancas ó en la silla?
—En las ancas, caballero,—que en la silla es villanía.
Anduvon siete jornadas,—palabras no se decían,
hasta llegar á las ocho—que encontraron una oliva.
—Apéese, la mi mora,—apéese, mora linda.

Echaremos á un refugio—á la sombra de esta oliva.
—Me acuerdo de que pequeña—mi padre plantó está oliva,
y mi hermano el rey D Bueso—el fino oro torcía.
Abrense puertas de marco,—y ábrense puertas que brillan.
Sale una mujer anciana—y es la que los recibía.
—¿Qué me daría mi madre—al ver que traigo su hija?
—¿Qué te he de dar yo, hijo mío?—Todas mis plantas y olivas
—Pues no vale nada eso,—que más vale la su hija.

Recitado por Angela Muñoz, de 56 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos).*

Las tres cautivas

En el campo moro—en medio la oliva,
donde cautivaron—tres hermosas niñas.
El maldito moro—que las cautivó
á la reina mora—se las entregó
—Toma, reina mora,—estas tres cautivas,
para que te laven, —para que te sirvan.
—¿Y cómo se llaman—estas tres cautivas?
—La mayor Constancia—y la otra María,
y la más pequeña—es la Rosalía,
la que lo lavaba—la que lo tendía.
Un día en la fuente—y en la fuente un día,
lloraba un anciano—y yo le decía:
—¿Dónde vas, anciano,—por estos caminos?
—A buscar tres hijas—que se me han perdido.
—Toma tú, ancianito,—toma tus hijitas.
Si estuviera el moro—las cautivara.

Recitado por Eloisa Arpa, de 24 años, *residente en Valladolid.*

La Reina y la Cautiva [1]

Un conde y una condesa—para Santiago caminan
á pedir á Dios del cielo—que les diera niño y niña.
Los moros que lo supieron—bajaron de la Turquía;
al conde le dieron muerte—y á la condesa cautivan.
La llevan á presentar—á la reina de Turquía.
—Buenos días, mi señora—Bien venida, esclava mía,
Yo te entregaré las llaves,—las llaves de mi cocina.
—Llaves de hierro, señora,—yo no las merecería,
que en casa del rey mi padre—de oro fino las tenía.
Quiso Dios del cielo—que parieran en un día.
Las comadres eran falsas,—arman grande traidoría;
el niño dan á la reina—y la niña á la cautiva.
—¿Cómo pondrás á la niña?—Si yo estuviera en mi tierra
y la niña fuese mía,—yo Blanca Flor la pondría,
que así se llama una hermana—una hermana que tenía,
que la cautivaron moros—día de Pascua florida.
Llora la una y llora la otra,—arman grande gritería;
el rey que lo ha sabido—á la cocina se iría.
—Si te cautiva la esclava,—la vida la quitaría.
—No me cautiva la esclava,—que es una hermanita mía.
—Si esto me dices tú, reina,—pronto la casaría
con un hermano que tengo—que es la flor de la Turquía.
—No lo querrá Dios del cielo—ni la sagrada María,
dos hijas de Blanca-Flor—de los moros fueran cautivas.
Anda, vete para casa,—y dí á la madre mía
que debajo del manto llevo—una sagrada María.

Recitado por Eufemia Ruiz, de 46 años, *residente en Villodrigo (Palencia).*

(1) Es el romance de *Flores y Blanca-Flor.*

Las señas del marido

—Oiga usted, señor soldado,—usted que ha servido al rey,
que si ha visto á mi marido —en la guerra alguna vez.
—Puede ser que le haya visto;—déme usté una seña de él.
—Mi marido es gentil hombre,—gentil hombre aragonés;
en la copa del sombrero—lleva las señas del rey,
y en la vaina de la espada—las de la reina también,
—Ese hombre ya se ha muerto,—le enterraron hace un mes,
y dejó en el testamento—que me case con usted.
—No lo quiera Dios del cielo—ni su madre santa, amén.
De las tres hijas que tengo—las dos acomodaré,
la una para doña Juana,—la otra para doña Inés,
la más pequeñita de ellas—conmigo la dejaré,
para que me vista y calce—y me guise de comer
y se ponga á los balcones—á ver si viene el inglés.
Este es el Mambrú, señores,—que se canta de al revés,
que le ha traido una serrana—más *alante* de Aranjuez.

Recitado por Encarnación Plaza, de 17 años, *residente en Villamedianilla. Burgos.*

La vuelta del esposo

Por las calles de Carpona—*p'onde* va el agua á la sierra,
se pasea una serrana—blanca, rubia y azucena,
con los cabellos tendidos—debajo de la montera.
Vió venir un caballero—. . . . . .
—Diga usted, señor soldado,—¿usted viene de la guerra?
—Sí, señora, de allí vengo, ¿tiene usté allí quien la *duelga*?
—Allí tengo á mi marido;—siete años va que está en ella.
No me escribe una carta,—ni siquiera una letra.
—¿Qué daría la serrana—si á su marido la trajera?
—Tres molinitos que tengo—á la orillita del rio:
el uno muele pimienta,—el otro azafrán fino,
el otro las hebras de oro—mias y de mi marido.
—Eso no la vale nada,—más la vale su marido
—Cien ovejitas que tengo,—todas con sus corderitos,
y para que las guardare—yo le diera un pastorcito.
—Eso no la vale nada,—más la vale su marido.
—Cien vaquitas que tengo—todas con sus atitos,
y para que las guardase—yo le diera un vaquerito.
—Eso no la vale nada,—más la vale su marido.
—Ya no tengo que darle—si no fuera este anillo.
—Yo no la quiero á usted nada—dé lo que me ha ofrecido,
sino que ese lindo talle—y ese su cuerpo pulido.
—Vaya el pícaro bribón—á lo que se ha arrepentido (?)
Para dársele yo á usted—¿para qué es mi marido?
—Mírame bien á la cara,—que yo soy tu marido.

Recitado por Clara Antigüedad, de 18 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos*

Don Belarde [1]

I

Ya camina D. Belarde,—ya camina, ya se va,
y ha dejado á su esposita—por siete ú ocho años más.
—S. á los siete años no vengo—á los ocho casarás.
—Ni á los siete ni á los ocho—mientras tú no estés acá.
Ya se han pasado los siete,—los ocho corriendo van.
—¿Cómo no te casas, hija,—cómo no tomas marido?
—¿Cómo me he de casar, padre,—si D. Belarde está vivo?
No me han enviado cartas—ni billetes me han venido,
esta noche en la mi cama—el corazón me lo ha dicho.
Lo que le pido á V. padre,—padre, que me haga un vestido.
No se le pido de seda,—tampoco de lana fino;
se le pido de sayal—de eso que llaman torcido,
que yo me le iré á buscar—en traje de peregrino.
De dia iré dando voces,—de noche dando suspiros,
de dia por las aradas,—de noche por los caminos,
para que no me conozcan—los que mi pan me han comido.
Había andado mucha tierra,—ha encontrado un vaquerillo:
—Dime, vaquerillo, dime—¿de quién son esas vaquillas?
—No se lo puedo decir—que mi amo me reñirá.
—No te lo digo de balde,—que te lo quiero pagar.
Echó la mano al bolsillo—y una moneda le dá.
—De D. Belarde, señora,—que mañana va á casar.
Ya tiene las carnes muertas,—ya tiene el vino á enfrescar,

1 Este es el romance de *El Conde Sol*, muy divulgado en Castilla, donde el protagonista se conoce generalmente por *D. Belarde* ó *D. Belardo*. Esto, unido al asunto del romance, sugiere enseguida el recuerdo de Lope de Vega y de sus amores; pero cuanto se dijera sería supérfluo, porque ninguna relación puede haber entre una y otra cosa. No es creible que Lope tomase su seudónimo del romance, ni menos aún que en éste el pueblo trocara al Conde Flor por D. Belardo, influido por otras poesías eruditas en que el Fenix de los Ingenios se encubría bajo este último nombre.

ya tiene la mesa puesta,—ya tiene cocido el pan.
Ha llegado á una ventilla—con ganas de descansar.
—Ventero, dame posada,—pues Dios se la podrá dar.
—La casa de D. Belarde—me dirá usted cuál será.
—Vaya usted por esa calle—de donde venden el pan,
la casa de los balcones—aquel que relumbre más.
La romera que no es boba,—se ha subido en sin llamar.
—Me dará usté una limosna—pues Dios se la podrá dar.
Unos la daban de á cuarto,—otros la daban de á real,
don Belarde, por más ruin,—un ochavito le dá.
—Hola, hola, D. Belarde—que poca limosna da.
En casa del rey su padre—doblones solian dar.
Echó la mano al bolsillo—y un doblón de á ocho la da.
—¿De dónde es la romerilla,—tan linda y tan *miserall*
—De Paises soy, señor,—nacida y criada allá.
—Mi señor y mi señora [1] —me dirá usted cómo están.
—Su señor y su señora—buenos los dejé yo allá.
—Mi mujer doña Isabel—me dirá usté cómo está.
—Tu mujer doña Isabel—hablando contigo está.
Al momento D. Belarde—cae desmayado hacia atrás.
Ni con agua ni con vino—le pudieron sustentar,
sino con palabras dulces—que la romera le da.
—Levántate, D. Belarde,—si te quieres levantar.
Ve aquí la cinta verde—que me distes al casar;
ve aqui el anillo de oro—que me distes á desposar;
ve aqui donde le traigo—debajo de este sayal [2]
—Malhaya sean las mujeres que hombre vienen á buscar.
—No vengo á buscar el tuyo,—qne el mio vengo á buscar.

Recitado por Encarnación Plaza, de 17 años, *residente en Villamedianilla (Burgos.)*

---

1 Así se llama á los suegros en muchos pueblos de Castilla.

2 El romance de *D. Belarde* es parecido al de *La cuella del esposo*, con los papeles invertidos; y aun á las poesías populares extranjeras de idéntico asunto se asemeja en estos versos del *reconocimiento*. En *Le retour du mari*, por ejemplo, dice éste á su esposa:

—Te souviens-tu, la belle des bijoux de diamant
Dont je te fis présent il y a plus de sept ans?

Fleury. *Litterature orale de la Basse-Normandie*, p. 270.

Don Belarde [1]

II

Ya se marcha D. Belarde,—ya se marcha, ya se va
y á su esposita la deja—pequeña y de poca edad.
—Dime por cuánto te marchas,—dime por cuánto te vas,
—Para seis ó siete años,—que la ley no manda más.
Se han cumplido los siete años,—Belarde no vuelve ya,
y un dia, estando comiendo,—su padre la pensó hablar:
—¿Como no te casas, hija,—cómo no tomas marido?
—¿Cómo quiere que me case—si D. Belarde está vivo?
—¡Oh! ¿qué cartas te han *inviado*,—qué billetes te han venido
para saber tú de cierto—que D. Belarde está vivo?
—A mi no me han *inviado* cartas- ni billetes me han venido,
pero lo sé yo de cierto—que D. Belarde está vivo.
Por Dios le pido á usted, padre,—que me haga usted un vestido,
no se le pido de lana,—tampoco de paño fino,
se le pido de sayal—de eso que llaman torcido.
De dia por las montañas,—de noche por los caminos,
porque nadie me conozca—los que mi pan han comido,
Ha andado una jornadita—y ha encontrado un vaquerillo [2]

---

1 Una mujer de los Balbases, que conocía este romance de modo incompleto, comenzábalo así:

Allá arriba en Novaldía
en una noble ciudad,
prendieron al conde Flores
por capitán general.
La condesa que lo sabe
no dejaba de llorar:
—¡Cuándo vendrá el mi conde!
¡El mi conde cuándo vendrá!
Se pasaron siete años;
su padre la baja á hablar:
—¿Cómo no te casas, hija,
cómo no te casas ya?
—¿Cómo me he de casar, padre,
si D. Belarde está vivo? etc.

2 Otros continúan de este modo:

¿De quién son estas vaquillas —que á tu cuidadito están?
—De D. Belarde, señora, —que mañana va á casar.
Ya tiene las carnes muertas —y el vino puesto á enfrescar,

—Por Dios te pido, vaquero,—que me digas la verdad.
¿De quién es ese ganado—que tú vienes á guardar?
De D. Belarde es, señora,—que ya está para casar.
Las carnes tiene matadas—y la gente á convidar.
—Por Dios te pido, vaquero,—que me vengas á enseñar.
Si te se pierde el ganado—dispuesta estoy á pagar.
Ha echado mano al bolsillo,—una de á ciento le dá.
La ha cogido de la mano,—la lleva para el portal
á pedir una limosna;—diez maravedís la da.
—Un caballero como éste—diez maravedís que da,
y en casa del rey su padre—reales de á ocho se dan.
—¿De dónde es la romerita,—de dónde es la romera?
—De la Pausa soy, señor,—de la Pausa natural.
—Mi señor y mi señora—¿qué tal quedaron allá?
—Tu señor y tu señora—buenos quedaron allá,
tu esposa doña Isabel—hablando contigo está.
Eso que ha oido Belarde—cae desmayado hacia atrás.
Ni con vino ni con agua—le pueden resucitar,
sólo con palabras dulces—que la romera le da.
—¡Oh, malhaya las mujeres—que hombre vienen á buscar!
—Hago bien, que es mi marido,—mi marido natural.
Si no lo quieren creer—aquí traigo la señal,
anillo, cruz y pendientes—que me dió para casar.

Recitado por Luisa García de 49 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos)*

---

y tiene los convidados—que reunidos están.
—Por Dios te pido, vaquero,—que me vayas á enseñar.
—Si las vacas se me fueren—mi amo me reñirá.
—Si las vacas te se fueren—yo quedaría en pagar.
Han dado vuelta al castillo,—no hallaron por dónde entrar,
y á la segunda vuelta—la puerta abierta está ya.
—Limosnita, caballeros,—limosnita pueden dar.
Unos la daban á cuarto—y otros la daban á real.
D. Belarde, por más ruin,—un ochavo la ha ido á dar.
—Qué generoso es el caballero—para limosna dar.
En casa del rey su padre—reales de á ocho se dan.
—¿De dónde es la romerita—tan cortés en el hablar?
—De Sevilla soy, señores,—de Sevilla natural.
—¿Qué me dirá usté del rey,—y la reina cómo está?
—El rey y la reina madre,—señores, buenos están.
—Y su hija doña Arbola—¿me dirá usté cómo está?
—La tu esposa doña Arbola—hablando contigo está. Etc.

Don Belarde

III

Harta estaba la condesa—harta y cansa de llorar,
porque al buen conde le llevan—de capitán general.
—Si á los ocho años no vengo,—condesa, te casarás.
Mas al cabo de los siete—su padre fué á visitar:
—¿Cómo no te casas, hija,—cómo no te casas ya?
—¿Cómo me he de casar, padre,—si el buen conde vivo está?
Echeme la bendición,—yo me le iría á buscar.
—La bendición de Dios, hija,—la de Dios que vale más.
Se coje la mantellina—y ha empezado á caminar.
De dia por las aradas,—de noche por los caminos,
para que no la conozcan—los que su casa han comido.
Ya había *andao* siete reinos—y otro la falta que andar,
mas al cabo de los ocho—un castillo vió asomar.
—Si ese castillo es de moros, —allí me han de cautivar,
y si fuera de cristianos,—allí me tengo quedar.
Ya ha dado vuelta al palacio—y un paje vino á encontrar.
—Por Dios tendrá el pajecito—de decirme la verdad.
¿De quién son tantos caballos—que á darles agua tú vas?
—De D. Belardo, señora,—mañana se va á casar.
Las carnes están guisadas—y el pan cociéndose está,
y el vino *tié* en la bodega,—allí lo tiene á enfrescar.
—Por Dios tendrá el pajecito—de llevarme para allá.
—Eso no lo haré, señora,—que mi amo me reñirá.
—Tu amo no te reñiría,—tu amo no te reñirá,
y si tu amo te riñera,—conmigo comerás pan.

La ha montado en un caballo—y la lleva para allá.
Unos la daban de á duro—y otros la daban de á real,
pues menos hay D. Belardo—que un ochavito la da.
—Tú, por tan buen caballero,—que un ochavito me das.
De que estaba en *ca* mis padres—de á duro solías dar.
—¿De qué tierra es la romera,—de qué tierra ó qué ciudad?
—De Paraiso, señor,—criada y nacida allá.
—Doña Juana de Acevedo—¿me dirá usté cómo está,
si lo es viuda ó es casada—ó se trata de casar?
—Doña Juana de Acevedo—hablando contigo está.
Y al decirle estas palabras—desmayado cae *pa* atrás.
Ni con agua ni con vino—le pudieron levantar,
sino con palabras dulces—que la romera le da.
—Levántate, D. Belardo,—levántate y lo verás;
verás el rico vestido—que me distes *pa* casar;
verás este rico anillo—me distes de enamorar.
Se levanta D. Belardo—y la lleva para allá,
por la calle la otra dama,—donde la otra dama está.
—¿Quién es aquella señora—que con D. Belardo va?
—Es su mujer, hija mia,—que le ha venido á buscar.
—Menos has tenido tú—que te has dejado engañar.
Yo me voy con la primera—que la ley no manda más.

Resitado por Angela Muñoz, de 56 años, *residente en Revilla Vallejera* (*Burgos*)

Don Belarde

IV

Esta noche es Nochebuena—noche de Navidad,
cuando el conde y la condesa—á maitines juntos van.
La condesa, como niña,—no cesaba de llorar,
porque al conde se le llevan—de capitán general.
—Si á los ocho años no vengo,—condesa, te casarás.
Los ocho años ya se pasan,—para los nueve ya va.
Un dia sale de misa,—con su padre se halla ya.
—¿Cómo no te casas, hija,—ni te tratas de casar?

—¿Cómo quiere que me case—si el conde vivo estará?
Echeme la bendición—que yo le voy á buscar.
—¿Qué bendición quieres, hija?—La de Dios, que vale más.
—La de Dios y la de usted—juntas las quiero llevar.
Se quita un rico vestido,—se pone un pobre *bridal*;
coje bordón y esclavina—y principia á caminar.
Ha andado siete jornadas,—un castillo ve asomar;
siete vueltas dió al castillo,—no encuentra por dónde entrar.
—Si el castillo es de los moros,—aquí me cautivarán;
si el castillo es de cristianos,—aquí me recogerán.
Estando en estas razones—vió unos caballos sacar.
—¿De quién son esos caballos—que salen á pascar?
—Del conde Niño, señora;—mañana se va á casar.
—¡Cuánto te daría yo—si me llevaras allá!
—Yo no lo hago, no, señora;—los caballos se me irán.
—Si los caballos se fuesen—yo te los sabré buscar,
y si alguno te se pierde—yo te le sabré pagar.
La ha agarrado de la mano—y la ha llevado allá.
Al revolver de una esquina—con el conde se halla ya.
—Limosna me das, buen conde,—limosna me podrás dar,
que vengo de lejas tierras—y no traigo qué gastar.
Echa mano á su bolsillo—y un real de plata lada.
—*Pa* ser tan rico el buen conde,—qué poca limosna da.
En casa del rey mi padre—doblones de ocho se dan.
Que vengo de las Asturias—y no tengo qué gastar.
—Si vienes de las Asturias,—¿qué se cuenta por allá?
—Que el conde Niño se ha ido;—su mujer le anda á buscar.
—¡Oh, quién la pudiera ver—con el traje que traerá!
Se ha alzado un rico vestido—y enseña un rico *bridal*.
—Este me le distes, conde,—la noche de Navidad.
Al oir estas palabras—*desmayao* cayó *pa* atrás.
Ni con caldos ni con aguas—le hacían resucitar,
sino con buenas palabras—que la condesa le da.
Luego dice que la saquen,—la lleven á pasear,
que la saquen cuatro pajes—con quien él se iba á casar.

Recitado por María García, de 23 años, *residente en Población de Campos (Palenc*

La Infantina [1]

En los campos de Carmoña—donde va el agua á Sevilla
por un senderito angosto—una romera camina,
con el rosario en la mano—porque rezándole iba;
no le rezaba en romance—porque en latín le sabía.
Ya la ha cogido la noche—en una oscura montiña;
se ha arrimado á un arbolito,—el que mejor la parecía.
Vió venir á un caballero—que para el pais venía.
—¿A dónde va el caballero—tan solo y sin compañía?
—Voy para el pais, la blanca,—voy para el pais, la niña.
—Si usted quiere, caballero,—yo iría en su compañía.
—¿A dónde quiere ir la blanca,—á dónde quiere ir la niña,
á dónde quiere ir la blanca,—si á las ancas ó á la silla?
—A las ancas, caballero,—que á la silla es villanía.
Han andado siete leguas,—palabra no se decían,
de las siete *pa* las ocho—de amores se pretendían.
—Soy hija del rey Mulato,—de la reina Mulatina,
y el que conmigo se case—Mulato se llamaría.
Esto que oyó el caballero,—del caballo la derriba.
Mucho corría el caballero,—mucho más corría la niña,
y á la entrada del país—la niña se sonreía.
—¿De qué te ries, Mulata,—de qué te ries, Mulatina?
—Me rio del caballero,—también de su cobardía.
Soy hija del rey de España—y de la reina María.
—Volvamos atrás, la blanca,—volvamos atras, la niña,
que en la fuente donde bebimos—mi espada se quedaría.
—Miente, miente el caballero,—que se la veo ceñida.
—Una tengo *pa* el día de fiesta— y otra *pa* el dia de cada día.
—Nunca he visto caballero—con dos espadas ceñidas.
—Tampoco yo he visto niña— con mayores picardías.

Recitado por Agapita Tejedor, de 21 años, *residente en Villota del Duque (Palencia.)*

1 El romance de *La Infantina*, bastante extendido por otros puntos, es en Castilla sumamente raro.

2 Comienzo semejante al de uno de los romances de Valdovinos (Gallardo, *Ensayo* t. IV, p. 98)

La Serrana [1]

I

Allá arriba en aquel alto—hay una serrana fiera,
matadora de los hombres,—perdidora de la hacienda.
Pasó por allí un vaquero—en sin camino ni senda.
—¿Dónde vienes, vaquerillo,—á *onde* vas por estas sierras?
¿Vas en busca de una vaca—que ayer tarde se perdiera?
Deja la vaca, vaquero,—y vente conmigo á la cueva.
Te he de dar muy buena cama—y te daré muy buena cena,
de pellejitos de liebre—te pondré la cabecera.
Me lleva por un sendero—de *güesos* y calaveras,
y yo, como atrevidillo,—atrevíme y preguntéla:
—¿De quién son los tantos *güesos*—y las tantas calaveras?
—Son de hombres que he matado—estando yo en esta cueva
lo que será de tí, triste,—cuando mi voluntad sea.
Lleva piedra pedernal—para que la lumbre prendas.
. . . . . .—la serrana caza fuera;
de conejos y perdices—la mochila trajo llena.
—Cena, cena, vaquerillo,—cena, que no tengas pena.
Mañana al amanecer—te daré la sobrecena.
Vino va y vino viene,—la serrana en borrachera
con el calor de la lumbre—la serrana se durmiera:
—Si la tiro y no la mato,—para mí ha de ser más pena,
más cuenta me ha de tener—salir por la puerta afuera.
Las puertas dan de golpes,—más aprisa las abrieran.
En que la serrana *espierte*—ya había andado legua y media.

1 Curiosa versión de *La Serrana de la Vera*, más semejante á las extremeñas y catalanas que á las asturianas.

Blincaba como una corza,—relincha como una yegua,
blincaba de mata en mata,—parecía una saeta,
y en unas ondas de oro—arrojó una fuerte piedra,
que en el árbol que cayó—todo le derriba en tierra,
y también al vaquerillo—le derribó la montera.
—Vuelve, vuelve, vaquerillo,—vuelve *d por* la tu montera.
—La montera es de buen paño—pero aunque fuera de seda,
que paño tienen mis padres—para hacerme otra montera,
—No lo digas, vaquerillo,—no lo digas en tu tierra.
—No lo diré, serranita,—hasta la ciudad primera.
Justicia de Dios, señores,—si en la tierra no la hubiera,
que allá arriba en aquel alto—hay una serrana fiera,
matadora de los hombres,—perdidora de la hacienda.
Dos mil hombres de á caballo—no se atrevieron con ella,
si no es por un pajecillo—por *arrodeos* que lleva,
que la pilló por detrás—y la cortó la cabeza.
Unos dicen: vaya en cuartos,—y otros dicen: vaya entera,
y otros: vaya arrastrando—de la cola de una yegua.

Recitado por Petra Gonzalez, de 43 años, *residente en Villota del Duque (Palencia)*

La Serrana

II

En los montes de Carmona—una serrana pasea;
ni serrana ni serrano—que vaya tan bien compuesta.
Arriméme á la serrana,—arriméme y preguntéla:
—¿Cuyas son tantas las cruces—y los montones de tierra?
—De las muertes que yo *hei* hecho—con esta mia rodela.
Haré contigo otro tanto—cuando mi voluntad sea.
Se marchó para su casa,—la serrana á casa fuera;
de perdices y conejos—una trenza traía llena.
Los conejos me da á mí,—las perdices para ella,

pan de trigo me da á mí,—pan de leche para ella,
pellejitos de conejo—me pone á la cabecera.
Después de haber cenado—me manda atrancar la puerta.
y yo, como picarillo,—la dejé un poco entreabierta.
A eso de la media noche,—la serrana se durmiera.
Por coger el mi calzado,—cogí el calzadito de ella,
por coger el mi sombrero—cogí la suya montera.
Una legua habia andado,—la serrana ya viniera.
—Vuelve, vuelve, galán mio,—llevarás carta á tu tierra,
pa tu padre y *pa* tu madre—y *pa* tu hermana la pequeña.
Vuelve, vuelve, galán mio,—que dejas acá una prenda.
—Si la prenda fuera de oro,—yo *á por* ella no volviera.
—¡Ay, pobre de mí, cuitada,—que yo ya soy descubierta!
—No lo será la serrana—hasta la venta primera.

Recitado por Valentina Baillo, de 60 años, *residente en Villarmentero de Campos (Palencia)*

Blancaflor [1]

I

Doña Arbola se pasea—por sus palacios de seda,
con dos niñas de la mano,—Blancaflor y Pulicena.
Pasó *po* allí un caballero—se enamoró de una de ellas.
El quería á Blancaflor—y le dan á Pulicena;
él quería la más grande—y le dan la más pequeña.
Ya se casan, ya se van,—ya caminan *pa* su tierra.
A los seis meses de casado—dice que se va á su tierra.
Miente, miente el caballero,—que se va á casa de su suegra:
—Buenos días, suegra mia.—Buenos días, yerno, tengas.
¿Qué tal queda Blancaflor?—Mala quedó en tierra ajena.
Vengo á ver si me da usted—á su hija la Pulicena.
—Bueno, bueno, yerno mio,—llevarásla enhorabuena,
llevarás *criao* y mula—*pa* que Pulicena fuera.
—No me hace falta *criao* ni mula—que con mi cuñada fuera.
En el medio del camino—de amores la pretendiera.
—Mira que soy tu cuñada,—mira que el diablo te tienta,
mira que en llegando á casa—á mis padres daré cuenta.
No se contentó el gozarla—sino el sacarla la lengua
y echarla en un barrancal—á donde nadie la viera.
Pasó por allí un pastor,—de mano de Dios viniera.
—Arrímate aquí, pastor,—me escribirás una letra.

---

1 Como se ve, en estas versiones del romance de *Blancaflor* y *Filomena*, esta última se ha convertido en *Pulicena*, *Gerumbela* y *Gerimena*, y el rey Tereo de la fábula clásica (*Tereno* en Asturias, *Tarquino* en Andalucía, *Tarquin* en Cataluña, *Don Bernardino* ó *caballero de Turquia* en Chile), es aquí *Chusquino*, *Turquin* ó simplemente *un caballero*

—No traigo papel ni tinta;—la pluma tras de la oreja.
—Para papel servirá—la toca de mi cabeza,
para tinta servirá—la sangre de esta mi lengua.
Ya cogió el pastor la carta—y á su hermana se la lleva,
y á la primera palabra—y á la segunda moviera,
y de aquello que ha movido—lo ha puesto en una cazuela.
—Sube, marido, á cenar—que tengo una buena cena:
las patillas de un cabrito,—la lengua de una ternera.
Estando partiendo el pan—el cuchillo se ensangrienta.
—No coma usted, mi padre,—que come su sangre mesma.
Al oir estas razones—de puñaladas le diera.
Al oir estas voces—se juntó la parentela.
—¿Qué le has hecho, Blancaflor,—qué ofensa le tienes hecha?
—Más ha hecho él el villano—con mi hermana Pulicena,
No se contentó el gozarla—sino el sacarla la lengua
y echarla en un barrancal—á donde nadie la viera.
Ya cogió el pastor la carta—y á su madre se la lleva.
Al leer la primer palabra—la segunda cayó en tierra
y después que volvió en sí—estas palabras dijera:
—Madres, las que tengais hijas,—no caseis en tierra ajena.
De dos hijas que he tenido—no ví lucimiento en ellas;
la una, muerta á puñaladas,—la otra, sacada la lengua
y echada en un barrancal—á donde nadie la viera.

Recitado por Atanasia Balbás, de 64 años, *residente en Los Balbases (Burgos.)*

Blancaflor.

II

Un rey tenía dos hijas,—Blancaflor y Gerumbela;
pasó por allí Chusquino,—se enamoró de una de ellas.

Se casó con Blancaflor,—la lleva para su tierra,
y á eso de los nueve meses—Chusquino en casa su suegra.
—Buenos dias, mi señora.—Bien venido, yerno, seas.
—¿Qué tal está Blancaflor?—Blancaflor no está muy buena,
y ahora vengo por su hermana—para que cuidara de ella.
Ella, por ver á su hermana,—pronto ha montado en la yegua,
y en medio del caminito—allí de amores la mienta.
—¿Qué es lo que dices, Chusquino? —¿Es el diablo que te tienta?
—A mí no me tienta el diablo,—que lo que digo es de veras.
La ha cogido de las manos,—la ha tirado de la yegua;
después de haberla tirado,—allí se ha burlado de ella.
Después de haberse burlado,—también la sacó la lengua,
la ha tirado en un zarzal—para que nadie la viera.
A los gritos que ella daba—un pastorcito se acerca.
—Acércate, tú, pastor,—acércate tú, alma buena.
Si traes papel y tintero—escribirás cuatro letras.
—Papel y tintero tengo,—la tinta en casa se queda.
—Con la sangre de mis labios—escribirás cuatro letras;
se las das á Blancaflor,—y Blancaflor que las lea.
De una patada que dió,—la criatura moviera:
la puso para cenar—al marido cuando venga.
Llegó Chusquino á su casa,—cargadito de paciencia.
—Ponme de cenar, mujer,—Marido, que ya está puesta.
—Qué dulce tienes, mujer,—qué dulce tienes la cena.
—Más dulces tienes, bribón,—los besos de Gerumbela.
Eso que ha oido Chusquino—igual quiere hacer con ella.
De la mesa se levanta—y á la justicia da cuenta.

Recitado por Luisa García, de 49 años, *residente en Recilla Vallejera (Burgos)*

Blancaflor.

III

Paseaba Gerinelda—por su palacio real,
con sus dos hijas doncellas—Blancaflor y Gerimena.

Pasó por allí Turquin—se ha enamorado de ellas.
El quería la mayor—y le daban la pequeña.
Las palabras de Turquin—convencen á Gerinelda.
Turquín montó en un caballo,—Blancaflor en una yegua;
mas en medio del camino—la mató y se fué á la guerra,
y á eso de los nueve meses—volvió á casa de su suegra.
—Buenos dias, mi Turquin.—Muy buenos dias, mi suegra.
Yo vengo á que usted me dé—la otra hija Gerimena;
Blancaflor está de parto—y en tanto se pone buena.
—¿Cómo *quiés* que te de yo—mi hija, siendo doncella?
Las palabras de Turquín—convencieron á su suegra.
Turquín montó en un caballo,—Gerimena en una yegua.
Han andado siete leguas,—ni palabra la dijera,
á las ocho y no cabales—del caballo se apeó.
—Quítate de ahí, mi cuñado,—que es el diablo el que te tienta.
—Sea el diablo ó el demonio,—he de hacer lo que yo quiera.
Hizo lo que quiso de ella,—viva la sacó la lengua,
la arrojó tras de un zarzal—donde gente no la viera,
sino es por un pastorcito—de mano de Dios viniera.
—Tú tienes papel y pluma—sobre y tinta yo te diera,
y en el ruedo de mi toca—un rengloncito escribieras,
y si está mi madre á misa—aguarda que salga de ella.
Sale su madre de misa—y la ha entregado la esquela,
y al primer renglón que lee—desmayada cae en tierra.
—Madres que criais hijas,—no las caseis en tierra ajena,
que yo que he tenido dos,—lo que me he *disfrutao* de ellas,
una tengo en tierra moros—y otra sacada la lengua,
arrojada á unos zarzales—donde gente no la viera.

Recitado por Alberta Saiz, de 25 años, *residente en Revilla Vallejera.* (*Burgos.*)

El Sacrilego [1]

Un cura que dice misa—de las ánimas pastor,
se enamoró de una niña—desde que la bautizó.
Mientras sus padres vivieron—no la pudo gozar, no.
Ya se la murió su padre—con su madre se quedó,
ya se la murió su madre,—huerfanita se quedó.
El dia de San Francisco—á peinarse salió al sol.
Pasa por allí el mal cura,—pasa por allí el traidor:
—Dáme de tu amor, Pepita,—dáme de tu amor, por Dios.
La niña, como era joven—y nada le contestó,
la ha agarrado de la mano,—*pa* su casa la llevó,
la metió en un aposento—donde más oscuro halló.
Allí me la confesaba—y la daba comunión:
la perdona los pecados—los que no perdona Dios.
A eso de la media noche—muerta y fría la encontró.
—Vecinos, los más vecinos,—los que más quería yo,
los que me debais dinero—yo os lo daría, yo.
Sacáime este cadáver—que en mi casa pareció.
Y á otro día de mañana—á decir misa marchó.
Tres veces *empezó* la misa—y ninguna la acabó,
y oyó una voz que decía:—Quítate, perro traidor,
que no puedes decir misa—ni celebrar al Señor.

Recitado por Alfonsa Iordáez, de 36 años, *vecindade en Revilla Vallejera (Burgos).*

1 Tengo por descuido del buscador romancero, que es de los de asunto más brutal y repugnante. Pero encerrar tal romance, en la época ó de otro parecido, los dos versos insertos en el de *La hija del ciego* (*Romancero general*, 1604) iguales á los del de *La dama de Aragón*:

«Si del que dice misa no sabe que decir nada,
monacillos que la ayuden—non aciertan responder, non»,

que, según opinión de Menéndez Pelayo, pueden estar tomados de otro más antiguo?

El príncipe D. Juan

I

Tristes nuevas, tristes nuevas—que se corren por España
que el rey príncipe D. Juan [1] —está malito en la cama.
Siete doctores le asisten—de los mejores de España.
Unos le toman el pulso,—otros le miran la cara,
otros le miran la sangre—que de él caía derramada.
Todos dicen á una voz:—D. Juan, vuestro mal no es nada.
Sólo falta que venir—aquel doctor de las almas. [2] .
Hinca la rodilla en tierra—cuando al enfermo miraba:
—Mucho mal teneis, D. Juan,—mucho mal os acompaña.
Tres horas teneis de vida;—la una y media va pasada,
la otra y media os queda —para disponer de tu alma. [3]
Estando en éstas palabras—entra la esposa de su alma.
—¿Dónde vienes, el bien mío?—¿Dónde vienes, el bien de mi alma,
—Vengo de San Sebastián—de rogar á Dios por tu alma,
para que te pongas bueno,—te levantes de la cama.
—Sí que me levantaré—el lunes por la mañana
en un ataud de pino —y en dos sábanas de holanda.
Tú te quedarás sola—muy triste y desconsolada

---

1 Otras, en el mismo pueblo: *que el príncipe de Don Juan.*

2 Otras: *aquel doctor de la playa.*

3 Otras, en el mismo pueblo, continúan:

Y á la esposa tu mujer —la hagas una buena manda,
—Lo que siento que mi esposa —es joven y está ocupada,
Mientras mis padres vivieren—no la puedo mandar nada,
sino que su anillo de oro —que la dí de enamorada.
—Mándaselo todo, hijo, —que en todo será otorgada;
si tu se la diste de oro, —yo se la daré de plata, etc.

con la justicia á la puerta—pidiéndote las fianzas.
Si no tienes quien te fíe—mi padre el Rey te fiara.
De las joyas que la dí,—padre, no la quiteis nada.
—Si tú se las distes de oro—yo se las daré de plata.
Al oir estas palabras—ella cayó desmayada.
La sacan del vientre un niño, —parece un rollo de plata;
se le llevan á su padre —que la bendición le echara.
—La bendición de Dios, hijo,—la bendición de Dios valga.
Tu madre ya está muerta,—tu padre para ello estaba.
Todos tres mueren á un tiempo —como tres palomas blancas.
Todos tres van á gozar—de Dios á la gloria santa.

Recitado por Matilde Iglesias, de 66 años, *residente en Revilla Vallejera* (*Burgos*)

El príncipe D. Juan

II

Tristes nuevas, tristes nuevas—que se corren por España,
que el infante de D. Juan—está malito en la cama.
Siete doctores le asisten, —los mejores de la España,
unos le toman el pulso, — otros le miran la cara,
otros le miran la sangre— que de su cuerpo derrama.
Todos dicen á una voz: —D. Juan este mal no es nada,
Sólo falta que venir—aquel doctor de la España.
Hinca la rodilla en tierra—cuando el pulso le tomaba:
—Mucho mal teneis, D. Juan,—mucho mal os acompaña,
Tres horas teneis de vida,—hora y media está pasada,
otra hora y media os doy—para disponer de tu alma,
—No siento más que á mi esposa,—que es joven y está embarazada·
—A tu esposita, D. Juan,—hacerla una buena manda.
—De la manda que la hiciere,—padre, no la quite nada,
si no es que el anillo de oro—que la dí de enamorada.
Estando en estas razones,—cuando por la puerta entraba.

—¿Dónde viene la mí esposa?—¿Dónde vienes, bien de mi alma?
—Vengo de San Salvador—de pedir á Dios por tu alma,
que te ponga luego bueno—y te saque de esa cama.
—Si que me sacarán luego,—el lunes por la mañana,
en una caja de pino—entre sábanas de holanda,
y á tí te quedaré sola - muy triste y desconsolada,
con la justicia á la puerta—pidiéndote las fianzas.
Si no tienes quien te fíe,—mi padre el rey te fiara.
Estando en estas razones—se ha caido desmayada.
No pueden volverla en sí—ni con vino ni con agua,
ni con agua ni con vino—pudieron resucitarla.
Sacan al niño del vientre,—parece un rollo de plata,
se le llevan á su padre—que la bendición le echara.
—La bendición de Dios, hijo,—y la mia te acompaña;
tu madre ya está difunta,—tu padre espirando estaba,
todos vamos á gozar—en la celestial morada.

Recitado por Narciso Martín, de 81 años. *residente en Villalobón (Palencia.)*

La viuda [1]

Camina D. Juan á caza,—á caza como solía;
le vino el mal de la muerte,—*pa* su casa se volvía.
Ha salido á recibirle—su madre como solía.
—Bien venido seas, D. Juan,—agradezco tu venida,
que tu querida Rosaura—de un infante está parida.
—Si está parida de un infante,—sin padre se criaría,
Tráiganme los Sacramentos,—que recibirles quería.
Los Sacramentos vinieron—y D. Juan ya se moría.
Ya se tocan las campanas,—miles clamores hacían,
y preguntó la mujer,—mujer que estaba parida:
—Dígame usté, mi señora,—dígame, señora mía,
¿por quién tocan las campanas,—miles clamores hacían?
—Las tocan por mi D. Pedro—que hoy hace año muerto había,
Dios de salud á D. Juan,—prenda que yo más quería.
—Dígame usté, mi señora,—dígame, señora mía:
la mujer que tiene infante,—¿de qué tiempo sale á misa?
—Mujer, de un año y un mes,—mujer de un año y un día,
y tú, querida Rosaura,—saldrás de un año cumplida.
Ya se camina Rosaura—toda de luto vestida,
ya se camina Rosaura—que á la reina parecía.
Ya concluida la misa,—á su casa se volvía:
—Dígame uste, mi señora,—dígame, señora mía,
que los niños me miraban—y los niños me decian:

---

1 Aunque se relaciona este romance con la canción francesa de *Le Roi Renaud*, no pueden pasar inadvertidos sus puntos de contacto con el anterior de *El príncipe D. Juan*, que parece inspirado en la muerte del único hijo varón de los Reyes Católicos, según notó doña María Goyri de Menéndez Pidal.

Miá qué viuda más honrada,—*miá* qué viudita tan linda,
y en el medio de la iglesia—un *túmbulo* negro había.
—Memoria por tu D. Juan, —que hoy hace año muerto había.
—Malditas sean las suegras—y quien en ellas se fia.
Yo no he de salir de aquí—si no es de luto vestida,
y el niño que traigo al pecho—de luto le cubriría;
los anillos de mis dedos—mis dientes les romperían.

Recitado por Dominica Alonso, de 52 años, *residente en Astudillo (Palencia)*

La adúltera castigada [1]

I

A tu puerta llaman, llaman,—á tu puerta dice «abrir».
—¿Quién es ese caballero—que á tu puerta dice «abrir»,
—Yo soy aquel caballero—que á tu puerta dice «abrir».
No des voces, Catalina,—no tires á descubrir,
que hay tres hombres muertos—y otros tres para morir.
Al bajar de la escalera—se la ha apagado el candil.
La ha cogido de la mano,—para el cuarto la subí.
asiéntole en silla de plata,—y el respaldo de marfil;
quítole camisa sucia,—de holanda yo se la dí,
y acostéle, y acostele,—y acostéle y á dormir.
Y antes, y antes, caballero,—y antes no hacias así,
y el besarme y abrazarme—no me dejabas dormir.
—Yo temo á tus criados—si nos pillaran aquí.
—No temas á mis criados,—que están al mejor dormir.
—Yo temo á tu marido—que si nos pillase aquí.
—No temas á mi marido,—que está cien leguas de aquí;
yo le escribiré á mi hermano,—á mi hermano D. Martín
le meta en una galera—y no le deje venir.
—Yo te compraré un vestido—del color del carmesí
y una argolla á la garganta— . . . . . .
Y al oir estas palabras—el Credo la hizo decir,

---

1 Cántase con el estribillo: *la dina* y *dana la dina y din.*
De este romance de *La Adúltera*, con asonante en *i*, en que el marido se hace pasar por el amante, hay versiones purtuguesas y catalanas; háse publicado, por D. R. Menendez Pidal, otra de Chile, y se le asemeja mucho cierta canción francesa. No obstante, es muy poco común en la Península.

y al decir «único hijo»—tres puñaladas la dí.
—Y ahora escribe á tu hermano—que traiga luto por tí.

Recitado por Cristeta Ortega, de 35 años, *residente en Villaldemiro (Burgos).*

La adultera castigada

II

Levántate, Teresita,—levántate, flor de lis,
abre, que soy D. Francisco,—á quien tu sueles abrir.
Al tiempo de abrir la puerta—se la ha apagado el candil.
Le ha cogido de la mano—para llevarle al jardín,
le ha sentado en silla de oro,—respaldo de carmesí.
Le manda decir el credo:—¡Mira que vas á morir!
Al decir «único hijo»—tres puñaladas le dí.
Cayó desmayado en tierra,—descolorido le ví;
al verle descolorido—último abrazo le dí.

Recitado por Petra Polvorosa, de 79 años, *residente en Población de Campos (Palencia).*

La esposa infiel

I

La mañana de S. Juan—antes de salir el sol,
hallé mi puerta enramada—más que la lima y la flor,
y me la enramó D. Juan,—hijo del emperador.
A otro día de mañana,—pasó por allí el traidor,
con un caballito blanco—diciendo: Esto está en cuestión.
¡Oh, quién durmiere una noche—descuidado y sin temor!
—Duerma usted, señor, durmiere,—yo seré su velador,
que está mi marido á caza—á los montes de León.
Lobos, *combile* la cara,—águilas, el corazón.
A eso de las siete y media—su maridito llamó:
—Abre la puerta, Ana Blanca,—dueño de mi corazón.
—Se me han perdido las llaves—de aquel alto mirador.
—Las llaves eran de hierro;—de plata las haré yo.
Un herrero tengo en Francia,—otro tengo en Aragón,
otro en la puerta la calle,—que harán lo que mande yo.
A la entrada del portal—un caballo relinchó.
—¿De quién es ese caballo—que en mi cuadra relinchó?
—Tuyo y mio es, marido,—mi padre nos le mandó,
para que vayas á bodas—de mi hermana la mayor.
—Yo no quiero su caballo;—caballo me tengo yo,
que cuando no le tenía—no me le quiso dar, no.
Al subir por la escalera—una espada relumbró.
—¿De quién es esa espada—que en mi casa relumbró?
—Tuya y mía es, marido,—mi padre nos la mandó
para que vayas á bodas—de mi hermana la mayor.

—Yo no quiero su espada;—espada me tengo yo,
que cuando no la tenía—no me la quiso dar, no.
A la entradita del cuarto—un sombrero *colgao* vió.
—¿De quién es ese sombrero—que en mi casa veo yo?
—Tuyo y mio es, marido,—mi padre nos le mandó,
para que vayas á bodas—de mi hermana la mayor.
—Yo no quiero su sombrero;—sombrero me tengo yo,
que cuando no le tenía—no me le quiso dar, no.
Se fueron para la cama—y una cabeza encontró.
—¿De quién es esa cabeza—que en mi cama veo yo?
—El niño de la vecina—que conmigo se acostó.
—¡Oh, malhaya sea el niño,—tiene barbas como yo!
—Dame la muerte, marido,—que me la merezco yo.
—No te doy la muerte, Ana Blanca,—dueño de mi corazón,
pero te mando un castigo—que mujer no le llevó.
De los piés á la cabeza—una tórdiga la sacó,
la dividió entre dos platos—y á su suegro la mandó.
—Tenga usted, señor, esos platos,—recíbalos con honor;
otra hija que usted criara—críela con mas honor,
que esta hija que ha criado—ha ofendido mucho á Dios.

Recitado por Demetria Santamaría, de 28 años, *residente en Los Balbases* (*Burgos*)

La esposa infiel

II

Estaba una señorita—sentadita en el balcón,
pasó por allí un soldado—y de ella se enamoró.
—Suba, suba, caballero,—por una noche ó por dos,
mi marido está de caza—á los montes de León,
y para que ya no vuelva—le echaré una maldición:
caiga por el puente abajo—y se rompa el corazón.
Al decir estas palabras—su maridito llegó:

—Ábreme la puerta, luna—ábreme la puerta, sol,
que te traigo un conejito—de los montes de León.
—Qué conejo ni qué demonio,—si anoche le cené yo.
Y al subir por la escalera—el caballo relinchó.
—¿De quién es aquella capa—que en mi percha veo yo?
—Tuya, tuya, maridito,—que tu madre la compró.
—¿De quién es aquel sombrero—que en mi percha veo yo?
—Tuyo, tuyo, maridito,—que te le he comprado yo.
—¿De quién es aquel bastón—que en mi percha veo yo?
—Tuyo, tuyo, maridito,—que te le he comprado yo.
—¿De quién es esa cabeza—que en mi cama veo yo?
—Del niño de la vecina—que en mis brazos se durmió.
—Qué niño ni que demonio,—si *tié* más barbas que yo.
Le cogió por la cabeza,—le tiró por el balcón.

Recitado por Justina Esteban, de 12 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos).*

La esposa infiel

III

Estaba una señorita—sentadita en su balcón,
pasó por allí un soldado—de buena ó mala intención,
y la dice: Señorita,—con usted durmiera yo.
—Suba usted, gran caballero,—por una noche ó por dos,
Está mi marido á caza—á los montes de León,
para que no venga luego—le echaré una maldición:
«Lobos le coman los ojos,—águilas el corazón,
al pasar el río Ebro—dé el caballo un tropezón,
que le tire, que le mate,—que muera sin confesión.»
Y estando en estas palabras—el caballero llegó:
—Abre la puerta, mi luna,—abre la puerta, mi sol,
que te traigo un conejito—de los montes de León.
Al bajar por la escalera—se la muda la color.

—Tú has tenido calenturas—ó has dormido con varón.
—Ni he tenido calenturas—ni he dormido con varón;
se me han perdido las llaves—de tu lindo corredor.
—Las llaves eran de hierro,—de plata las he de hacer yo;
el herrero está en la fragua—y el platero en el mesón.
Al subir por la escalera—para su cuarto observó:
—¿De quién es aquella espada—que en mi cuarto veo yo?
—Es tuya, marido mio,—que mi padre te la envió,
para que vayas á caza—á los montes de León.
—¿De quién es aquel sombrero—que en mi mesa veo yo?
—Es tuyo, marido mio,—que mi padre te lo envió,
para que vayas á bodas—de mi hermana la menor.
Y estando en estas palabras—para su cama observó:
—¿Quién es aquel caballero—que en mi cama estornudó?
—El niño de la vecina—que anoche ahí se durmió,
—¡Qué niño ni qué demonio!—¡Tiene más barbas que yó!
—Mátame, marido mío,—que te he hablado á traición.
La ha cogido de la mano—y en *ca* el suegro la llevó.
—Tenga usted, suegro, su hija,—inclínela usted mejor,
—¡Que hija ni qué demonio!—Criada se la dí yo.
—Si usted me la dió soltera, - casadita se la doy.

Recitado por Antonía Salazar, de 59 años, *residente en Revilla Vallejera* (*Burgos*).

La adúltera

¡Oh rueda de la fortuna—nunca te puedes estar quieta,
que á vuelta y media que ha dado—te has venido á nuestra tierra!
No me pesa haber nacido—ni tampoco vivir en ella,
he visto la mejor dama—que cria el sol y la tierra.
Estaba una señorita—sentadita en su balcón,
atreverme á pedir—de su azafate una flor.
—¿Cómo pide el picarillo—descarado y sin vergüenza?
—No soy pícaro, señora,—que esto se usa en mi tierra,
los galanes como yo—el pedir á las doncellas;
ellas nos dan para guantes,—nosotros ligas y perlas.
—Suba, suba el picarillo,—suba por la otra puerta,
que está mi suegra durmiendo—y no quiero que lo sienta,
y mi marido está al campo—y está á cuidar las haciendas;
como le han costado tanto—no quiere qne se le pierdan.
Se tumba Juan á dormir—á la sombra de una cepa,
y le dice el corazón:—Despierta, Juan, y no duermas,
Deja la mula que corre,—coge el caballo que vuela,
deja los anchos caminos,—coge las angostas sendas,
y á la entrada del lugar—hay una bodega nueva,
que su puerta está cerrada—cuando siempre ha estado abierta.
Con el puñal que llevaba—hizo un *bujero* á la puerta.
—Por donde entraran los pies—tambien entra la cabeza,
también entra mi caballo—si le tiro de la rienda.
El caballo no poder,—allí le ha atado á una reja.
Se sube Juan *pa* allá arriba—por ver quién está con ella,
está el galán y la dama—durmiendo y á pierna suelta.
—¿Que te ha faltado en mi casa,—pícara, villana, perra?

Si quieres pan ahí lo tienes,—si quieres vino en la bodega,
si tú quisieres dinero,—dinero yo te lo diera,
si tu quisieras amores,—me escribieras una letra.
Se sube Juan *pa* la plaza—por ver qué se vende en ella.
—Señores no maten carnes,—que en mi casa las hay muertas,
un novillo de quince años—y una vaca de á cuarenta;
si no lo quieren creer—bajen al pié de la bodega,
y verán dos cuerpecitos—repartidos entre dos duernas.

Recitado por Juliana Palacín, de 47 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos).*

Los dos rivales [1]

I

En la corte de Madrid—dos caballeros triunfaban;
eran D. Diego y D. Jorge,—capitanes de la patria.
Juntos comen, juntos beben,—juntos en comedias andan,
y por la amistad que tienen—juntos les hacen la cama.
Van un día de paseo—por ver pasear las damas.
D. Jorge se enamoró—de una muy discreta dama:
era hija de un platero,—hermosa en cuanto bizarra,
no tiene padre ni madre,—sólo un hermano la guarda.
Van un día á las comedias;—fuera desdicha ó desgracia.
se sentó junto á D. Diego—y éste de amores la trata,
—Ven acá, Juana, la dice,—ven acá, querida Juana;
si te llegare á faltar—ropa, dinero ó alhajas,
yo te lo había de dar—si con tu amor me lo pagas.
—Viva mil años D. Diego,—ella siempre dando gracias
que mientras mi hermano viva—nada me faltará en casa.
—Este anillo, la señora,—éste, la dueña de casa,
éste me le dió D. Jorge—cuando éramos camaradas.
D. Jorge le estaba oyendo—las palabras que así hablaba;
le deja hablar lo que quiera—sin decir una palabra.
Acabadas las comedias—D. Diego se marchó á casa,
y allí D. Jorge quedó—con grande ira y gran saña.
Paso entre paso se va—acercándose á la dama.
La dama todo lo niega;—el color no la acompaña,
mejillas de sus carrillos—son dos encendidas llamas,

1 Tiene este romance cierto dejo de vulgar. Es el que llama D. Juan Menendez Pidal *Los tres amantes*.

A su casa retirado—ha empezado á coger armas,
cogiendo dos cachorrillos— . . . . . .
y en el bozo del capote—dos carabinas cargadas,
Se marchó donde D. Diego,—le respondió la criada.
. . . . . —Muchacha ¿tu amo está en casa?
Si señor, cenando está,—. . . . . .
Pues dile que cene aprisa—que D. Jorge le esperaba,
Al oir éstas razones—de la mesa se levanta:
—¿Qué se ofrece, caballero,—qué se ofrece, camarada?
—Si quieres acompañarme—hasta perder vida y alma,
Anduvieron siete leguas—sin decir una palabra,
y así que anduvieron ocho—D. Jorge así le hablaba:
—Si la dama no quería,—¿por qué tú la porfiabas?
Ahora he de matarte á tí—ó te he de sacar el alma.
Pelearon fuertemente—y sin dar una estocada;
D. Jorge que pudo más,—ya le ha dado una estocada,
le atravesó el corazón—por medio de las entrañas.
—Este ya ha quedado muerto;—tiene el arenal por cama.
Este ya ha queda lo muerto.—Ahora vamos á la dama.
Paso entre paso se va—acercando á la ventana;
la tiró cuatro cantitos—del tenor de una avellana,
La dama, que no dormía,—de la cama se levanta;
ha bajado á abrir la puerta—con una cara de Pascua.
—¿Cómo por aquí, D. Jorge,—con la *galona* manchada?
—La sangre de aquel traidor—que en las comedias te hablaba.
Ahora he de matarte á tí—ó te he de sacar el alma.
Al ruido que hacen los dos—el hermano se levanta,
con una vela en la mano,—estas palabras hablaba:
—¿Eres tú la que eres linda?—¿Eres tú la que eres sabia?
¿Eres la que vas á misa—con tanta disimulanza?
Esta noche mueren tres:—D. Diego, Jorge y su Juana.
Roguemos á Dios por ellos;—que les perdone su gracia.

Recitado por Prudencia Miguel, de 60 años, *residente en Villaldemiro (Burgos).*

Los dos rivales

II

Por los reinos de Aragón—dos caballeros triunfaban.
Aquellos dos caballeros—cortejaban á una dama.
Es hermosa en cuanto hermosa,—bizarra en cuanto bizarra.
Es hija de una cerera,—el nombre tiene por Juana;
no tiene padre ni madre,—sólo un hermano la guarda.
Y aquellos dos caballeros—á Juanita la esperaban.
—Vamos, Juana, á las comedias—con otras hermosas damas.
Y la niña descuidada—ha *sacao* su mano blanca,
con un anillito de oro—con las mejillas (?) de plata.
—Ese anillo, Juana mia,—es de D. Diego que llaman.
Salieron de las comedias,—cada uno se fué á su câsa.
—Pido á Dios le he de matar—antes de irme á la cama.
Y á eso del anochecer—D. Jorge á la puerta llama.
—Si es de costumbre salir—á responder las criadas,
dime si está aquí tu amo.—Sí, señor cenando estaba,
Pues dile que cene *asape*,—que el compañero le aguarda.
Y al bajar una escalera—el color se le mudaba.
—Y coge espada y *ruela*—que yo también la llevaba.
Han andado pocos pasos,—tuvieron ciertas palabras,
—Tienes la arena por cama.—Vámonos *á por* la dama.
Ha cogido tres chinitas—de valor de una avellana.
Tiró una, tiró dos,—hasta que dió en la ventana.
La Juana, despavorida,—se ha tirado de la cama.
—¿Qué tienes, Jorge querido,—que la *velona* te mancha?
—La sangre de aquel traidor—que en las comedias te hablaba.
—Malhaya sea D. Jorge—que á D. Diego le matara.
—Malhaya sean las mujeres—que á dos hombres les dan cara.
La agarró por los cabellos,—por el portal la arrastraba.
Y eso que su hermano oyó—se ha tirado de la cama.
Primero mató á D. Jorge,—despues mató á su hermana,
porque nunca se fió—de los consejos que él daba:
—Siempre te he dicho yo—que á dos hombres no des cara.

Recitado por Alberta Sáiz, de 25 años, *residente en* Revilla Vallejera (Burgos).

Fragmento

Tres hijas tiene el buen rey,—*toas* las tres muy bien queridas,
la una *tié* casada en Francia—y la otra en Lombardía,
la otra en casa de sus padres—aguardando mejorías.
Muchos duques la demandan,—muchos condes la pedían,
y todo lo eatima en nada,—que es tanta su bizarría
que la pidió el Padre Santo—para reina de Castilla.
La ha dado una cinta verde—con las flores amarillas,
que todos los que la ven—dicen que es en pedrería.

Recitado por Severiana Sáez, de 56 años, *residente en Astudillo (Palencia).*

La monja adornada

Vivia un soldadito—en la ley de Dios humana;
tenía de devoción—de oir misa en Santa Clara.
No se aguarda á la mayor,—que á la menor se quedaba
Ha vuelto la cara atrás,—ha visto monjita humana.
—No la he visto en mi vida—monjita tan adornada.
—Tampoco yo, soldadito,—tampoco tu linda cara.
Si me sacaras de aquí—entre esta noche y mañana,
si me sacaras de aquí,—yo contigo me casara.
La ha cogido de la mano,—*pa* su casa la llevaba;
la ha puesto una rica cena,—también una rica cama,
los colchones son de seda,—los almohadones de holanda;
y después de haber cenado—juntos se van á la cama.
—¿Cómo no se desnuda mi monja,—monjita tan adornada?
—¿Cómo tengo desnudarme,—si estoy con Cristo esposada?
Vámonos para el convento,—que abierta quedó la escala.
La ha cogido de la mano,—al convento la llevaba;
al llegar al convento—las campanas se volteaban.
Salieron todas las monjas—á ver por lo que volteaban,
también salió la abadesa,—como ella en todo mandaba.
—¿Quién me ha robado mi monja,—mi monja quién la robaba?
—No he sido yo el enamorado,—que ha sido ella la enamorada.
Registraron *toas* las celdas—y en seguida *toas* las camas;
en la cama aquella monja—un crucifijo encontrara,
en las manos de aquel Cristo—las armas del soldado estaban,
Aquí se acabó la historia—de la monjita adornada.

Recitado por Adela Martinez, de 23 años, *residente en Santoyo (Palencia).*

El parricida

Paseábase D. Juan —por su regalado huerto;
pasa por allí el demonio, —como siempre está despierto.
—Te vengo á decir, D. Juan,—por lo mucho que te quiero,
que tu doña Maria —está armando un cautiverio,
y más con un primo tuyo —que es . . . . del pueblo.
Coge D. Juan el caballo —y va con furia corriendo.
—Abre las puertas, María,—que matarte yo pretendo.
—Si eso que dices, D. Juan,—si eso que dices es cierto,
tráeme á mí un confesor,—que yo confesarme quiero.
—Las puortas están cerradas,—las gentes están durmiendo,
los señores sacerdotes —todos están forasteros.
Toma este niño, María,—dale la leche postrero.
—Yo se la daré, D. Juan, por lo mucho que le quiero,
Me dejarás despedir—de tres hijos que yo tengo.
Coge al más pequeño —y los brasos le echa al cuello.
—Adios, hijo de mi vida,—adios, hijo de mi consuelo;
tu padre me va á matar,—yo no sé si lo merezco.
Ha cogido á los otros —los niños y ha hecho lo mismo.
—Aquí me tienes, D. Juan,—como esposa de tu dueño.
La ha dado tres puñaladas —y en seguida quedó muerta;
ha cogido los tres niños—y ha hecho lo mismo.
. . . . . .—Corruto anda por el pueblo
que las puertas de D. Juan —tres días que no se abrieron.
Su abuelita que sabe eso,—iba corriendo por verlo.
—¿Quién *sos* curó las heridas?—¿quien *sos* ha dado el sustento?
¿Quién *sos* curó las heridas—que su padre les ha hecho?
Ha bajado una Señora —con anillos en sus dedos;
les ha dicho que su madre—está sentada en los cielos,
les ha dicho que su madre—está ardiendo en los infiernos.

Recitado por Adela Martínez, de 23 años, *residente en* Santoyo (*Palencia*).

Doña Angela de Medina [1]

I

De las damas que hay ahora —doña Angela es la que priva.
La rondan cien caballeros—todos de espada ceñida;
también la ronda D. Juan,—caballero que valía.
No se la dan á D. Juan—aunque la tiene pedida,
que se la manda su padre—á un mercader de Sevilla.
—Mañana por la mañana—vendrás, D. Juan, á mi vista;
comerás á las mis bodas—martes á la mediodía.
Esto que ha oido D. Juan—para las Indias camina.
Ya después de haber comido —para un cuarto se retira.
Sus padres la echan de menos, —á buscarla disponían.
Ya la han hallado en un cuarto—en donde habitar solía;
con un Cristo en los sus brazos—de esta manera decía:
—Cristo mío de mi alma,—Cristo mio de mi vida,
sácame de este mal mundo—antes que sea vencida.
Pasados los nueve meses—vino D. Juan de las Indias;
todo lo encontró cerrado, —ventanas y celosías.
A la ventana más alta—había una hermosa niña
vestida de luto negro.—¡Qué bien que le parecía!
—¿Por quién trae luto la dama?—¿Por quién trae luto la niña?
—Por mi señora, señor,—doña Angela de Medina.
Al oir estas palabras—desmayado se caía.
Bajaban á levantarle—frailes franciscos de misa,
—Arriba, arriba, D. Juan,—arriba, que es demasía.

1 No obstante las escasas versiones que hasta ahora se han publicado de este romance, es uno de los más popularizados en Castilla.

Si esa dama se le ha muerto,—otra dama encontraría.
—Pues en el mundo no hay—como la que yo tenía,
—Si en este mundo está muerta,—en el otro estará viva.
—Si usted me dijera dónde—y en donde estaba metida.....
—En frente el altar mayor,— en una nueva capilla. [1]
Paso entre paso se va—acercando *pa* la ermita.
Luego que iba á anochecer—el ermitaño decía:
—Afuera, afuera, D. Juan,—que voy á cerrar la ermita.
—Cierre usted, el ermitaño,—que nada le faltaría;
no he de salir esta noche—ni mañana en todo el día;
que quiero que usted me ayude—á alzar la losa arriba;
yo no digo que de balde,—que yo se lo pagaría.
Echó mano á su *petrina*—y alzó la losita arriba,
y á doña Angela la hallaron—lo mismo que el primer día.
La llamaba y no responde;—de matarse disponía.
Dijo la Virgen á su hijo: . . . . . .
Da la vida á los galanes,—que bien que la merecían
Y entonces le dió la mano—lo mismo que el primer día.
Ponen el pleito en Granada y en la gran Chancillería.

---

1 Otros, en el mismo pueblo, continúan:

Ata el caballo á la reja,—D. Juan para allá camina,
en busca del ermitaño;—el ermitaño venía.
—Por Dios te pido, ermitaño,—por Dios y Santa María,
que me ayude á levantar—la lápida de la niña.
—Eso no lo haré, D. Juan,—por Dios ni Santa María,
que es hija de grandes padres,—gran castigo me darían.
Le ofrece noventa onzas—que en su bolsillo tenía.
El interés mueve al hombre,—el interés le movía.
Ya le ayuda á levantar—la lápida de la niña,
y á doña Angela la hallaron—lo mismo que el primer día,
La ha llamado y no responde;—de matarse disponía
con un puñalito de oro—que en su *petrina* tenía.
La Virgen que ha oído eso—á su hijo le decia:
—Hijo mio de mi alma,—hijo mio de mi vida,
da la vida á dos galanes,—que bien que la merecían.
Ya dió la mano á D. Juan—lo mismo que el primer día,
La tapa sus blancas carnes—con la capa que él traía;
la lleva á casa sus padres—por ver si la conocían.
Su madre dice que sí,—que aquella era su hija,
pero no podía ser,—que reinaba en la otra vida.
Invian partes á Granada—y billetes á Sevilla,
invian partes á Granada—de la novedad que había.
Lo que envían á decir—de la novedad que había:
—Según la ha estimado en muerte—la hubiera estimado en vida.

La niña ponen por juez;—ella dirá á quién quería:
—Mi madre, quiero á D. Juan,—y á D. Juan yo le quería.

Recitado por Matilde Iglesias, de 66 años, *residente en Revilla Vallejera* (*Burgos.*)

Doña Angela de Medina

II

Oh, gran Dios omnipotente—rey de la Norca Nurquía (?)
En ciudad de Barcelona—un matrimonio vivía,
hombre rico y poderoso—en la ciudad distinguida.
A este noble matrimonio—ha dado Dios una hija
tan hermosa y tan bizarra—en la ciudad distinguida.
La rondan dos mil galanes—de noche, también de día;
entre tantos era D. Juan—era el que ella más quería.
Estando sola en su cuarto—estando en su *zolosía*
entró el padre á visitarla—y en alta voz la decía:
—Si te casas con D. Juan—te tengo quitar la vida,
porque te tengo mandada—á un *Clavelín* de Sevilla.
—Pues haré su gusto, padre,—ya que el mio no podía;
yo con él me casaré—mas poco le gozaría.
D. Juan, que oyó la respuesta,—para su casa volvía.
Mandó ensillar el caballo—á un criado que tenía.
Ya se ha ausentado tres meses—por si olvidarla podía;
de que olvidarla no puede—para casa se volvía.
En el medio de la calle—encontró una señorita.
—Díganme usted, señora,—por quién *trai* esa divisa.
—Por quien la traigo, D. Juan,—no reside en esta vida.
La traigo por mi cuñada—doña Angela Medina.
D. Juan, que oyó la respuesta,—*esmayado* se caía.
Luego que él volvió en sí—con la color muy torcida
se fué á hacer oración—al beato S. Matías.
En una tumba muy alta,—en una rica capilla,

hay muchas hachas de cera—que muy bien le parecían.
Siete veces le rezaba—un rosario que tenía;
los dieces eran de oro,—para Angela ofrecía.
Ya se marchaba la gente—y el portero le decía:
—Levanta, D. Juan, levanta,—levántate por tu vida.
—No tengo de levantar—hoy ni mañana en todo el día;
primero tengo de ver—qué hay en esta losa fría.
La levantaron los dos—en sin ninguna fatiga;
vieron que estaba la dama—más hermosa que solía,
—¡Ay, Angela de mi vida,—prenda y luz del alma mia!
¿Cómo no te despedistes—de quien tanto te quería?
Echó mano á su cintura—y un puñal que allí tenía,
se quiso matar con ella—por hacerla compañía.
La Virgen le quitó el brazo— y estas palabras decía:
—Detente, D. Juan, detente,—detente ya, por tu vida.
Doña Angela de Ribera (*sic*) —contigo se casaría;
al otro primer marido—á pleito se lo pondrías.
Echarás el pleito á Roma—y sentenciado vendría,
que se case con D. Juan—que la tiene merecida,
que la sacó de la tierra—cuarenta días hacía.
Os daré vida siete años,—os se ha de hacer un día,
al cabo de los siete años—vendreis en mi compañía.

Recitado por Donata Gutierrez de 22 años, *residente en Villota del Duque (Palencia).*

Doña Angela de Medina

III

De las mozas que hay ahora—doña Angela es la que brilla;
la rondan duques y condes—. . . . . de villa.
También la ronda D. Juan—el que la niña quería.
Su padre la *tié* mandada—al mercader de la villa,
Invian cartas á Granada—y billetes á Sevilla,

que no tenga que rondar—sus puertas y celosías
que al revolver de una esquina—le iban á quitar la vida.
Y allá á los ocho meses—D. Juan por allí volvía,
por la calle de su esposa,—por ver si allí la veía,
y vió una dama á un balcón—muy triste y descolorida.
—Quédese con Dios la dama,—quédese con Dios la niña;
no la tengo de olvidar—mientras dos mil años viva.
—Yo tampoco á tí, D. Juan, - en los dias de mi vida,
que mis bodas y mi entierro—todo ha de ser en un día.
Mis bodas comenzarán—un martes á mediodía.
Después de haberlas comido—para el cuarto se retira.
Su padre ándala á buscar—calle abajo, calle arriba.
¿Cómo la había de hallar—si no estaba allí la niña?
Abre aquel cuarto su padre,—cae desmayada la hija.
Invia carta al mercader; —de la mesa se retira.
Con los sus ojos lloraba,—con la su boca decía
que no estaba para él—aquella rosa florida.
Y de allí á los nueve meses—D. Juan por allí volvía,
por la calle de su esposa,—por ver si allí la veía.
Todo lo encontró cerrado,—ventanas y celosías,
y vió una dama al balcón—toda de luto vestida.
—¿Por quien trae luto la dama?—¿Por quién trae luto la niña,?
—Por doña Angela, señor,—que por vos perdió la vida.
—Dígame usted donde está—enterrada aquella niña.
—En la ermita de S. Gil—en la su nueva capilla.
Ató el caballo á la reja;—D. Juan por allá camina.
Ha encontrado á un ermitaño,—y al ermitaño decía
que le ayude á levantar—la lápida de la niña,
y la ha visto tan hermosa—como de que estaba viva.
Sacó el puñal de su pecho—para quitarse la vida,
para meterse con ella—para hacerla compañía.
La Vírgen de los Remedios—allí remedios ponía.
—No te mates tú, D. Juan,—no te mates por la niña;
cógela tú de la mano,—que ella se levante arriba.
La ha cogido de la mano—y ella se levantó arriba.
La tapó sus blancas carnes—con la capa que traía,

la llevó á casa de sus padres—con contento y alegría.
Invian cartas á Granada—á hermanos que ella tenía;
lo que contesta el hermano,—que con quién quiera la niña,
El padre. . . . , ...—que quite el gusto á su hija,
no tendrá perdón—en los días de su vida.

Recitado por Luisa García, de 49 años, *residente en Revilla Vallejera* (*Burgos*).

La infanticida [1]

En un lugar hacia Burgos—hay una pequeña aldea;
hay en ella un mercader—que á vender paños se emplea,
tiene la mujer bonita—y el demonio que la enreda;
para no servir á Dios,—más valiera hacerse fea.
Tiene un niño de cinco años,—la cosa más picotera;
todo lo que su madre hace—á su padre se lo cuenta.
Su padre, por más quererle,—en la rodilla le sienta,
y le empieza á preguntar—de los pies á la cabeza:
—Díme, hijo, quién entra en casa—mientras yo no estoy en ella.
—Padre mío, entra el alférez—y con mi madre conversa.
A ella la besa y la abraza—como si su mujer fuera,
y á mí me dan ochavicos—*pa* que me vaya á la escuela,
y yo, como picaruelo,—me escondo tras de la puerta.
Ya se le ofreció un viaje—por aquellas lejas tierras,
á vender los ricos paños,—á vender las ricas sedas,
y entre tanto la malvada—de matar á su hijo intenta.
—Ven acá, hijo querido,—te espulgaré la cabeza.

---

1 No obstante la índole de su asunto, este es, en mi opinión, romance vulgar. Por este motivo no publico otras versiones de varios pueblos, ya que este romance es uno de los más extendidos.

Por idénticas razones omito el romance de *Isidro* ó *Sidro*, que comienza también:

«En lo más alto de Burgos—hay una pequeña aldea»

en que el demonio induce á Isidro á castigar á su inocente mujer é hijo, y le pone en trance de ahorcarse, del cual le libra la intercesión divina, que resucita luego á las víctimas; así como el de *Don Antonio de Barrera*, bastante divulgado, y en el cual, como en este de *La Infanticida* y en el de *Don Arbolí* (que tal vez le sirvió de modelo), habla un niño de pocos días y exclama:

«¡Madre mia, usted que bebe,—que la dan la muerte cierta!»

evitando de este modo que su madre muera envenenada por el marido, injustamente celoso por las falacias de una mujer perversa.

Y por detrás del *cocote*—le ha sacado la lengua,
y se la ha puesto en un plato—y al alférez se la enseña.
—Mira, alférez, aquí está—la cosa más picotera;
todo lo que su madre hace—á su padre se lo cuenta.
—Bien podias castigarle—y no así de esa manera.
¿Qué te dirá tu marido—á la noche cuando venga?
—Yo le pondré una disculpa:—que está á casa de su *agüela*.
A eso del anochecer—llamó el marido á la puerta.
—¿Dónde está mi hijo querido—que á recibirme saliera
otros días al camino—y hoy ni aún á la escalera?
—Sube, marido á cenar,—que te tengo rica cena:
la cabeza de un cabrito,—la lengua de una ternera.
—Yo no subiré á cenar—mientras mi hijo no viniera,
—Sube, marido á cenar,—que el niño está en *ca* su *agüela*.
Ya ha subido el mercader,—ya se sientan á la mesa,
y á tiempo de partir el pan—el cuchillo se ensangrienta.
—No hagas caso, mi marido,—que es el demonio que enreda.
Ya se ponen á cenar,—y al destapar la cazuela
muy triste y lastimosa—una voz de allí saliera:
—No coma usté, padre, no,—que come su sangre mesma.
Y entonces la malvada—con grandes voces empieza
á llamar á los demonios—que bajaran *á por* ella.
Unos dicen: venga en cuartos;—otros dicen: venga entera.
La muerte que ha dado el niño—se la hemos de dar á ella.

Recitado por Antonia Salazar, de 59 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos).*

La devota

I

Un rey tenia una hija,—sólo una hija tenía,
y tenía una costumbre—de las mujeres nacidas.
Se rezaba tres rosarios,—tres rosarios cada día,
uno por la mañanita,—otro por la mediodía,
otro por la media noche—mientras su padre dormía.
Estando un día rezando—bajó la Virgen María.
—¿Qué hace aquí la mi doncella?—¿Qué hace aquí la sierva mia?
—Estoy rezando, Señora,—que es costumbre que tenía.
Esa costumbre, doncella,—no la pierdas en tu vida,
que has de venir conmigo—dos horas antes del día.
—Despierta, el rey de mi padre,—despierta con cortesía,
que *entremedias* de los dos—está la Virgen María.
Me voy á marchar con ella—dos horas antes del día.
—Por no tener más que á tí—yo mucho lo sentiría,
por ir con tan gran Señora—véte con Dios, hija mia.
Al subir cuestas y valles—la doncella lloraría.
—¿Por qué lloras, mi doncella?—¿Por qué lloras, sierva mia?
—En ver que el rey de mi padre—á mí tanto me quería.
—Él te quiere con el alma,—yo con el alma y la vida.
Y al subir cuestas y valles—una ermita encontrarían.
—Aquí te tienes que estar—siete años menos un día,
sin ver la luna ni el sol—ni hablar con alma nacida,
sólo la paloma blanca—que te traiga la comida
y en la pechuga tendrá—una rosita amarilla:
en oliendo aquella rosa—satisface la comida.

Se han cumplido los siete años,—siete años menos un día,
y ha salido á beber agua—al pié de una fuente fría.
Estando bebiendo el agua—bajó la Virgen María.
—¿Qué hace aquí la mi doncella?—¿Qué hace aquí la sierva mía?
—Bebiendo agua estoy, Señora,—que yo de sed me moría.
—Ahora te vengo á decir—el estado que querías;
si querías ser casada—marido te buscaría.
—Yo no quiero ser casada—ni pensamiento tenía,
que me quiero meter monja—del hábito Catalina.
Esta noche cojo el velo.—Tanta gloria que tenía,
tiene una silla ganada—junto á la Virgen María,
otra para el rey su padre,—que suben en compañía.

Recitado por Luisa García, de 49 años, *residente en Revilla Vallejera* (*Burgos*).

La devota

II

Un rey tenía una hija,—*na* más aquella tenía;
la daban duques y condes—y á todos les despedía.
Que no quiere ser casada—ni esa devoción tenía;
quiere rezar tres rosarios,—tres rosarios cada día,
el uno al amanecer,—el otro á la mediodía
y el otro á la media noche—mientras sus padres dormían
Un día, estando durmiendo,—bajó la Virgen María.
—Que yo he venido por tí—y tú conmigo te irías.
—Despierten, padres queridos,—despierten con cortesía,
que en medio de su aposento—está la Virgen María,
que ella ha venido por mí—y yo con ella me iría.
La ha cogido de la mano,—la lleva para una ermita,
la dice:—Aquí te has de estar—siete años menos un día,
en sin hablar con un alma,—con un alma en esta vida,
sino con una paloma—que te traerá la comida;

en medio de su piquito—traerá una flor amarilla,
y en medio de aquella flor—te traerá la tu comida.
Un día, teniendo sed,—se bajó á una fuente fría;
pasa por allí la Virgen,—estas palabras decía:
—¿Qué hace aquí la mi devota,—qué hace aquí la sierva mía?
Campanas que se tornean,—campanas que se repican,
que la hija del rico rey—para los cielos subía.

Recitado por Encarnación Plaza, de 17 años, *residente en Villamedianilla* (*Burgos*).

La devota

III

Un rey tenía una hija,—á ella sola la tenía;
la piden duques y condes,—señores de marquesía.
No la quieren dar sus padres,—que estas costumbres tenía,
de rezar los tres rosarios,—tres rosarios á María,
el uno por la mañana,—el otro á la mediodía,
el otro á la media noche,—cuando la gente dormía.
Estándosele rezando—bajó la Virgen María:
—¿Qué hace aquí la mi devota,—qué hace aquí la sierva mía?
—Estoy rezando el rosario,—el rosario de María.
—Si tú quisieras venir,—conmigo te llevaría.
—Déjeme usted despedir—de un padre que yo tenía.
Despierte usted, padre mio,—despierte con cortesía,
y echará la bendición;—voy con la Virgen María
—Por ir con tan gran Señora—llevas la bendición mía.
Andaron siete jornadas,—palabra no la decía,
mas al cabo de las ocho—encontraron una ermita.
—Aquí te tienes que estar—siete años menos un día,
en sin comer ni beber,—ni hablar con alma nacida.
Una palomita blanca—te vendrá á ver *tos* los días;
tiene la pechuga verde—con una flor amarilla,

que en oliendo aquella flor—satisface la comida.
Se pasaron los siete años,—siete años menos un día,
y se ha bajado á beber—á una fuente que allí había.
Estando bebiendo en ella—bajó la Virgen María.
—¿Qué hace aquí la mi devota,—qué hace aquí la sierva mía?
—A beber un poco de agua,—que de sed me moría.
—Si te quisieras casar—marido yo te daría.
—Yo no me quiero casar—ni esa devoción tenía,
que me quiero meter monja—del convento S. Matías.
El lunes cogía el velo—y el martes profesaría;
miércoles por la mañana—preguntaban en la villa:
—¿Por qué tocan las campanas—tan tristes y doloridas?
—Es por la hija del rey—que á los cielos se subía.

Recitado por Petra Gutierrez, de 12 años, *residente en Torquemada (Palencia).*

El descreido

Saliendo Jesús de caza,—saliendo como solía,
con una escopeta al hombro—y un angel de compañía,
en el medio del camino—un hombre encontraría.
Le dice que si hay Dios,—y él dice que Dios no había.
—¿Qué hacer, hombre, no haber Dios—y también Santa María?
También te dará la muerte—el que te ha dado la vida.
—Tanto temo yo la muerte—como al que me dió la vida.
Y á otro día de mañana—la muerte á su casa iba.
—Detente, detente, muerte,—detente ó espera un dia.
—No me puedo detener,—que Dios del Cielo me envía,
para castigar al hombre—que dijo que Dios no había.
Le sacaron á comer—una culebra cocida,
le sacaron á beber—un vaso de *tormentina*,
Las puertas del cielo se cierran,—las del infierno se abrían,
para castigar al hombre—que dijo que Dios no había.

Recitado por Encarnación Plaza, de 17 años, *residente en Villamedianilla (Burgos.)*

El aviso

Estaba un hombre *dormiendo* —en el sueño del olvido;
llaman de prisa á la puerta,—despierta despavorido,
le dicen muy de prisa:—Tienes que andar un camino
sin llevar ningún dinero—ni calzado ni vestido,
sólo una triste mortaja —*pa* que te se sirva de abrigo.
A los santos llamarás—y llevarás por padrinos,
á la Virgen rezarás—un rosario esclarecido,
que por haberle rezado—á muchos ha sucedido
de librarnos del demonio—ó tentación ó peligro.
Mira que hay dos carreras,—mira que hay dos caminos,
el uno va *pa* la gloria,—el otro al infierno mismo.
Síguele, síguele, cristiano,—que el de la gloria *siguimos*,
que nos llama nuestro Señor—y nos estima como hijos.

Recitado por Petra Pérez, de 42 años, *residente en Población de Campos* (*Palencia.*)

Elena

A las puertas de mis padres—un traidor pidió posada,
y mis padres, como nobles,—al momento se la daban.
De las tres hijas que tiene—le pidió la más galana.
—Yo mi hija no te la doy,—que no quiere ser casada,
que quiere ser religiosa—del convento Santa Clara.
El traidor que ha oido esto—ha tratado de robarla.
No la ha sacado por puerta—ni tampoco por ventana,
la sacó por un balcón—por favor de una criada.

Andan tiempos y más tiempos—sin hablarla una palabra,
al cabo de siete leguas—estas palabras la hablaba:
—¿Cómo se llama la linda?—¿Cómo se llama la dama?
—Yo en casa de mis padres—Elenita me llamaba,
y ahora aquí en estos montes—Elena la desgraciada.
Hizo lo que quiso de ella—hasta escupirla en la cara;
la ha cortado la cabeza—y á un peñasco la tiraba.
De ella se formó una ermita—tan linda y tan dibujada:
de los huesos las paredes,—de los cabellos las ramas,
de las cejas de sus ojos—tejas para retejarla.
Pasan tiempos y más tiempos—y el traidor por allí pasa.
A un pastorcito de allí—que su ganadito guarda:
—Díme, díme, pastorcito—que tu ganadito guardas,
¿de quién es esa ermita—tan linda y tan dibujada?
—De Santa Elena, señor,—en el campo degollada.
—Pues por ser de Santa Elena—entremos á visitarla.
¿Me perdonas, Santa Elena, -que yo fuí tu amor primero?
—No te perdonaré yo—ni tampoco Dios del cielo.
Arrímate aquí á ese altar,—servirás de candelero.
No está la palabra dicha—y el candelero está ardiendo.
La figura quedó allí,—cuerpo y alma en los infiernos.

Recitado por Petra Gutierrez, de 42 años, *residente en Torquemada (Palencia).*

Altamar [1]

I

Un gran rey tenía un hijo—que era príncipe de España,
se enamoró de Altamar,—de Altamar que era su hermana.
Tantó le venció el amor—que cayó enfermo en la cama,
y su padre, que era el rey,—tres veces le visitaba,

1 Notables versiones del romance bíblico de Tamar, tan poco divulgado.

la una, á medio dia,—las otras por la mañana.
—¿Qué mal es el que *tiés*, hijo,—ó qué mal el que te mata?
—Dolor de cabeza, padre,—y una calentura falsa.
Dicen que para los reyes—no hay cosa más regalada
que el ala de un palomino,—la pechuga de una pava.
Altamar que me lo guise,—Altamar que me lo traiga,
Altamar que venga sola,—que no venga acompañada.
Por aquella sala de oro—la linda Altamar entraba,
vestida de seda verde—desde los piés á la cara;
con los platos en la mano—acercaba *pa* la cama.
Se les cogió con gran furia—al patio se les tiraba.
Le ha puesto un puñal al pecho—*pa* que no se revolcara,
una mordaza en su boca—para que ella no chillara.
Por aquella sala de oro—la linda Altamar marchaba
maldiciendo su cabello,—maldiciéndose su cara.
En el medio la escalera—con su padre se encontraba
—¿Por qué lloras, hija mia,—mi Altamar por qué lloraba?
—Si en el cielo no hay castigo—y en la tierra no hay venganza,
que le corten la cabeza—y á los perros se la echara.
Los perros no la comían—porque era carne cristiana.

Recitado por Cándida Reguero, de 18 años, *residente en Palencia.*

Altamar

II

Un rey tenía un hijo—que era príncipe de España.
De Altamar se enamoró,—de Altamar, su linda hermana.
Tanto le venció el amor—que cayó enfermo en la cama,
y su padre le visita—tres veces á la semana.
—¿Qué dolor tienes tú, hijo,—qué dolor el que te mata?
—Dolor de cabeza, padre,—y una calentura falsa.
Dicen que para los reyes—no hay cosa más regalada

que el alón de un palomino—y la pechuga de una pava.
Altamar que me lo guise—y Altamar que me lo traiga,
Altamar que venga sola, —que no venga acompañada.
Por aquella sala de oro—la linda Altamar entraba,
vestida de raso azul—desde los piés á la cara.
—No digas nada, Altamar,—Altamar, no digas nada,
que si tú tienes un hijo—será príncipe de España.
La ha cogido los platos—y al corral se los tiraba;
ella contra el se rebela—dándole de puñaladas.
La cabeza le cortó—y á los perros se la echaba;
los perros no la comían—porque era carne cristiana.

Recitado por Encarnación Plaza, de 17 años, *residente en Villamedianilla (Burgos)*

Altamar

III

Por la sala de Altamar—iba la linda Altamara;
ella es alta como un pino,—reluce como una espada.
Esta tal tiene un hermano —que está malito en la cama.
Fué su padre á visitarle—un lunes por la mañana.
¿Qué tienes, hijo qué tienes,—qué tienes en esa cama?
—Tengo unas calenturillas—que me roen las entrañas.
—Si te gustara una polla—te la guisara Altamara.
—Si me la guisa Altamara—venga sola sin compaña,
que también la mucha gente—algunas veces enfada.
Por la sala de Altamar—iba la linda Altamara
con una polla en dos platos—y en la otra una toalla,
y en la su mano derecha—lleva una jarra de plata.
—¿Qué tienes, hermano mio,—qué tienes en esa cama?
—Los tus amores, traidora,—que me roen las entrañas.
La agarró de los cabellos,—la tiró encima la cama,
hizo lo que quiso de ella—hasta escupirla en la cara.

Por la sala de Altamar—iba la linda Altamara
pegando voces y gritos—y al cielo pide venganza.
—¿Qué tienes, hija, qué tienes?—No te asustes tú por nada,
que si tú tendrías hembra—será la reina de España,
y si sería varón,—lo mismo le acompañara.
—Vaya un dicho para un padre,—¡no le pasa las entrañas!
Coge el puñal más pequeño—y el corazón se traspasa:
—Quiero morir con honor,—que no vivir deshonrada.

Recitado por Dominica Alonso, de 52 años, *residente en Astudillo* (*Palencia*)

La romera

I

En el campo de Trujillo—se pasea una romera,
toda vestida de luto,—*pó* arriba de gloria llena.
Sale el rey á pasearse—en su coche y su calesa,
con el bastón en la mano—y en la punta una roseta.
—Buenos días, romerita,—tan sola por estas tierras.
—No vengo sola, el buen rey,—mi marido atrás se queda;
queda con unos serranos—al tronco de aquella sierra,
y el que trabaja *pa* sí,—buena soldada se lleva.
Ya que usted me ha preguntado,—más explicarme quisiera.
De que yo era pequeñita,—de que yo era más pequeña,
á Santiago de Galicia—me ofrecieron de romera.
—Suba usted, la romerita,—suba usted en mi calesa.
—Gracias, gracias, el buen rey,—yo le estimo la fineza.
Ya se marchó el buen rey—á comer á la su mesa.
Ya le sacan la comida;—*bocao* de pan no lo prueba.
Ya le sacan la bebida;—gota de vino no prueba.
Estando en estas palabras—se acordó de la romera.
—¡Altos, altos, los mis pajes!—En busca de la romera.
—Por si acaso la encontramos,—dénos usted bien las señas.

—Lleva zapatito blanco,—media de la rica seda;
lleva camisa de holanda—bordada con seda negra;
el vestido á lo *pursiano*,—jubón de la misma tela.
Para el gasto del camino—un doblón de á ocho les diera.
A las cien leguas que *anduvon*—se hallaron con la romera.
—Buenos días, romerita.—Pajes del rey, norabuena,
—Díceme mi amo y señor—que esta carta usted la lea.
—Díle á tu amo y señor—que no *hai* andado á la escuela.
Se me murieron los padres,—me dejaron muy pequeña;
en muriéndose los padres—no se aprende cosa buena.
—Díceme mi amo y señor—que le sirva usté á la mesa.
—Si es el rey de sus vasallos,—yo soy del cielo y la tierra.
Con eso los pajecitos—la hicieron la reverencia,
con el sombrero en la mano—diciendo: ¡La Virgen era!
Se volvieron al palacio—á dar al rey la enhorabuena.

Recitado por Alfonsa Ibañez, de 36 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos).*

La romera

II

Por los montes de Trujillo—vi bajar una romera,
toda cubierta de gracia—y arriba de gloria llena.
Lleva un báculo en la mano—y en él lleva una rosenda;
por los campos donde pisa—*toas* son flores y azucenas.
Salió el rey á pasear—con su paje y su calesa;
de que la vió tan hermosa—se ha parado á hablar con ella.
—Buenos días, romerita.—¿Tan sola por estas tierras?
—No vengo sola, señor,—que atras mi marido queda,
queda con unos serranos—al tronco de aquella sierra,
que el que trabaja á su gusto—buena soldada se lleva.
Ya que usté me ha preguntado,—más yo explicarme quisiera.
Cuando yo era más chiquita,—cuando yo era más pequeña

me dió Dios enfermedad—como á otros muchos les dierá,
y *pa* quedar en el mundo—he ofrecido una promesa
á Santiago de Galicia—donde mi patria me lleva.
—Pues si *quié* la romerita—la llevaré en mi calesa.
—Dios se lo pague al gran rey,—le agradezco su fineza;
o que se manda á los santos—no ha de ser con *comenencia*.
Camina el rey á palacio—y se ha sentado á la mesa.
Le sacaron la comida,—bendito *bocao* que prueba;
le sacaron el buen vino;—gota de vino bebiera.
Con estas palabras y otras—se acuerda de la romera.
—Alto, alto, los mis pajes;—en busca de la romera.
Ni por oro ni por plata—no *sos* vengais *en* sin ella.
—Díganos su majestad,—díganos qué señas lleva.
—Su guardapiés de damasco,—su rica media de seda,
una camisa de holanda—bordada con seda negra
Al salir de la ciudad—se encuentran con la romera.
—Buenos días, romerita.—Paje del rey, norabuena.
—Dice mi amo mi señor—que le sirva usté á la mesa.
—Díle á tu amo tu señor—que se sirva de la reina;
si él es rey de sus vasallos—yo reina de cielo y tierra.
Esto de que el paje ha oido—la hizo la reverencia,
con el sombrero en la mano—hincó la rodilla en tierra.
Camina el paje á palacio—y á su amo daba cuenta.
—Digo, mi amo mi señor,—si aquella la Virgen era.
Esto de que el rey ha oido—desmayado se *caera*;
fué tanta la *esmayaciòn*—que á vivir más no volviera,
y al último de su muerte—la tuvo á su cabecera.

Recitado por Dámaso Gonzalez, de 57 años, *residente en Palencia.*

La mora bautizada

Oigan ustedes, señores:—no puede mi lengua clara
para explicar una historia—de lo que pasa en España;

con un moro de nación—que vive á la ley cristiana,
A la hora de su muerte—á su hija querida llama:
—Cuánto lo siento, hija mia,—de no dejarte casada.
—Mucho lo siente mi padre—de no quedar bautizada.
—Eso no lo hace, hija mia,—de no quedar bautizada.
No lo acaba de decir—cuando por la puerta entraba
á bautizar á la mora,—que de mora vuelve á cristiana.

Recitado por Anacleta Fraile, de 45 años, *residente en Villalaco* (*Palencia*).

El marinero

Voces daba un marinero—voces daba que se ahogaba,
y le respondió el demonio—del otro lado del agua:
—¿Qué me mandas, marinero,—por que te saque del agua?
—Te mando mis dos navios—cargaditos de oro y plata.
—No quiero tus dos navios—ni tu oro ni tu plata,
que quiero cuando te mueras—que á mí me mandes el alma.
—El corazón *pa* la Virgen—que es mi santa y mi abogada,
los huesos *pa* un carruqueño—para que un carruco haga,
el pelo *pa* un campanero—*pa* que toque las campanas,
para que toque á la misa—*pa* que todo el mundo vaya.

Recitado por Encarnación Plaza, de 17 años, *residente en Villamedianilla* (*Burgos*)

Santa Catalina

I

En Burgos hay una niña—que Catalina se llama,
Todos los días de fiesta—su padre la castigaba,
porque no quería hacer—lo que su padre mandaba.

La mandó hacer una rueda—de cuchillos y navajas;
la rueda ya estaba hecha,—Catalina arrodillada.
Ya baja un angel del cielo—con su corona y su palma:
—Sube, sube, Catalina,—que el rey del cielo te llama.
—¿Qué me querrá el rey del cielo —que tan á prisa me llama,?
Al subir por la escalera—cae una grande borrasca
de relámpagos y truenos;—marineritos al agua:
—¿Qué me dais, marineritos,—por ver sacaros del agua?
—Yo te daré mis navios—cargaditos de oro y plata,
que quiero el alma para Dios—que á él se la teneis mandada,
y el corazón á una vieja—con una cinta encarnada.

Recitado por Margarita González, de 11 años, *residente en Valladolid.*

Santa Catalina

II

La mañana de S. Juan—al punto que rompe el alba,
hacen gran función los moros—en la ciudad de Granada [1]
porque ha nacido una niña—que Catalina se llama.
Es hija de un rey moro,—y su madre renegada.
A todas las horas del día—su padre la castigaba:
que deje la ley de Dios—y siga la ley malvada.
Ella dice que no quiere,—que está con Cristo esposada.
Su padre ha mandado hacer—una rueda de navajas,
y si no sigue su ley,—en ella despedazarla.

Recitado por Angela Muñoz, de 56 años, *residente en Revilla Vallejera* (*Burgos*).

1 Cristóbal de Villalón en su *Viaje de Turquía* (1557), afirman lo la inexactitud de que los moros celebrasen fiestas á los santos, dice así: «Los que dicen esa mentira solamente la fundan por el cantar que dize:

La mañana de Sant Juan
al tiempo que alboreaba....»

Autobiografías y Memorias, coleccionadas é ilustradas por M. Serrano y Sanz, p. 131)

La despiadada

Cristo rendido y cansado—de la venerable sierra,
quisiera en traje de pobre—dar á mostrar su grandeza.
En *ca* un cura fué á pedir—y un ochavito le dieran.
—Un ochavo no es limosna;—un poco de pan siquiera.
—Dáselo tú, la criada,—que yo me voy *pa* la iglesia.
—Parece el pobre importuno.—¿Le darán más en su tierra?
—Como no soy *mendingante*.....—Sólo por esa respuesta
no le tengo dar bocado.—Marche por la puerta afuera.
Con pasos muy amorosos—caminó Cristo á la iglesia;
se puso á ayudar á misa,—que el cura ya estaba en ella.
Se le olvidó una palabra—y el pobre se la dijera.
Ya concluida la misa,—salieron los dos afuera.
—Venga, hermano, que es mi gusto,—á comer á la mi mesa.
Les ha visto la criada—y estas palabras dijera:
—Por estos zaparrastrosos—no saldremos de quimeras.
—Teresa, la dice el cura,—presta un poco de paciencia,
que á los buenos Dios les salva—y á los malos Dios condena.
—Digo la verdad, señor,—que el pobre en una cazuela
puede comer á un rincon—donde gente no le vea.
Ya marchó por la comida—para que los dos comieran.
Mientras tanto el cura al pobre,—una pregunta le hiciera:
que si había buenos campos—ó si había buenas muestras;
y el pobre le contestó:—. . . . . .
—Buenos campos hay, señor,—y también hay buenas muestras
—Sólo allá en el mes de Mayo—un *bolpe* de agua le espera.
Eso no es para nosotros;—sólo para Dios se queda
—Es tan cierto lo que digo,—como á la ingrata Teresa
en el medio la cocina—en el medio estará muerta,
rodeada de demonios—y gatos en apariencia,
sacándola la asadura,—las entrañas y la lengua.

Fué á levantarse y no pudo —por resplandor que le *acerca*
vuelve la cabeza atrás,—vió un crucifijo en la mesa.
Por los aires va diciendo:—Maldita sea mi soberbia,
que por no hospedar al pobre—me veo ahora en tantas penas.

Recitado por Dominica Alonso, de 52 años, *residente en Astudillo (Palencia)*.

La Samaritana

En viernes partió el Señor —de la ciudad de Samaria,
y antes de llegar á ella—el calor le fatigaba.
Tanto que á un pozo que vió—hacia él se encaminaba;
sobre el brocal recostóse—como cansado que estaba.
Al punto vió que venía—la misma que él esperaba,
con un cántaro en la mano,—y era la Samaritana.
Pidió el Señor que le diera— una poquita de agua,
que él en cambio la daría—otra de más eficacia,
que jamás tendría sed—como llegare á gustarla.
A lo que ella respondió—sin saber con quién hablaba.
—Si tiene tanta virtud,—dadme, Señor, de esa agua
para nunca tener sed;—y el Señor así la habla:
—Anda, llama á tu marido,—y ven con el en compaña,
que no es bueno una mujer—de la ciudad sola salga.
—Señor, no tengo marido,—ni tampoco soy casada.
Y el Señor díjo: Es verdad,—dices bien, Samaritana,
que de cinco que has tenido—ahora sin ninguno te hallas.
Tuviste cinco galanes—dando escándalo en Samaria,
ya que este cántaro sea—encubridor de esta infamia.
Entonces la pecadora,—puesta en cruz y arrodillada
le dice:—Tú eres profeta—que mis pecados declaras,
y *empenetras* mi interior—sin que te se oculte nada.
—Y él dice: No soy profeta,—que soy de esfera más alta.
Soy hijo del Padre Eterno,—del Mesías y se aguarda.

que he venido á este mundo—para redimir las almas.
Entonces la pecadora—volvió los ojos del alma,
rompió el cántaro en la fuente, —volvió al mundo las espaldas.
Así las volvamos todos—para bien de nuestras almas.
Imitemos, pecadores,— por Dios la Samaritana,
para poder alcanzar—en premio la gloria santa.

Recitado por Felisa González, de 20 años, *residente en Palencia.*

La Zagala

Zagaleja que en el monte,—en el monte guardas cabras,
al pié de una piedra oscura—se ha sentado una mañana.
Con el rosario en la mano—á la Virgen la rezaba,
y al punto vió que venían—tres hermosísimas damas:
—Buenos días, zagaleja.—Buenos días, Madre santa.
—¿Pues tú niña, me conoces—que con tanto agrado me hablas?
—Sí, señora, la conozco,—que es usted la Madre Santa;
sí, señora, la conozco,—que es usted la que me ampara.
—¿Te quieres venir conmigo—á la celestial morada?
—Eso ya no puede ser.—¿Dónde dejo yo mis cabras?
—Pónlas ante ese sendero,—que ellas te se irán á casa.
A eso del anochecer—su padre afligido estaba.
Se arrodilla ante un crucifijo—que tenía en su sala:
—Díme tú, manso cordero,—hijo de la Madre Santa,
¿cómo es de noche y no viene—la zagala con mis cabras?
—Tú no llores ni te aflijas,—ni te vayas á buscarla,
que la zagaleja está—en la celestial morada,
y las cabras ya las tienes—en el corral de tu casa.

Recitado por Felisa González, de 20 años, *residente en Palencia*

El mendigo

En la gran Sierra Morena—un labradorcito había.
Viniendo un dia de arar - viniendo como otros venían,
ha encontrado á un pobre hombre—lleno de llagas y heridas.
—Si usted hiciera el favor—de subirme hasta esa villa.
Se apea el labrador—y á caballo le subía,
le lleva para su casa—con gran gozo y alegría.
Le ha sacado á cenar -lo mismo que ellos tenían,
y también le daba cama,—la cama no la quería.
Se ha ido para la cuadra—con una vela encendida,
A eso de la media noche - el labrador no dormía,
viendo cómo el pobre hombre—lleno de llagas y heridas.
Se ha ido para la cuadra—con una vela encendida.
y vió que era Jesucristo;—la cruz por cama tenía,
—Si *hubiá* sabido, S ñor,—que tal grandeza tenía,
os *hubiá* dado á cenar—mi alma, también mi vida.
—Basta, basta, labrador, -basta, porque en la otra vida,
. . . . . .—alli tienes una silla,
y otra para tu mujer - y otra para la familia,
y otra para la criada—que la tiene merecida.

Recitado por Encarnación Plaza, de 17 años, *residente en Villamedianilla (Burgos).*

Camino de Belén

I

Caminan José y María,—caminan para Belén;
en el medio del camino—pide el niño de beber.
—No pidas agua, mi niño,—no pidas agua, mi bien,
los arroyos vienen turbios,—fuentes y rios también.
Allá arriba en aquel alto—hay un lindo naranjel,
que le guarda un cieguecito,—ciego que gota no ve.
—Ciego, dame una naranja—*pa* este niño entretener,
—Entre, señora, en la huerta,—coja las que han de menester,
Cogía una á una,—nacían de tres en tres,
y las hojas que caían—se postraban á sus pies.
No había andado media legua—cuando el ciego empezó á ver.
—¿Quién sería aquella señora—que me hizo tanta merced?
Sería la Virgen pura—y glorioso San José.

Recitado por Lorenza García de 51 años, *residente en Villota del Duque (Palencia.)*

Camino de Belén

II

Camina la Virgen pura,—camina para Belén,
en el medio del camino—pide el niño de beber.
—No pidas agua, mi vida,—no pidas agua, mi bien,
que los rios vienen turbios—y no se puede beber,

—Ciego, dame una naranja—para el niño entretener.
—Entre en el huerto, señora,—coja las de menester.
Cogía de una en una,—florecían de tres en tres.
Y al caminar la señora—el ciego empieza á ver.
—¿Quién es aquella señora,—quién es aquella mujer,
que ha dado vista á mis ojos—y á mi corazón también?
Los ángeles van diciendo—que la Virgen pura es.

Recitado por Justina Estéban, de 12 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos).*

La Virgen y San José

I

Está la Virgen sentada—debajo de una alameda
labrando una camisa,—para el hijo de Dios era.
La labra con el oro,—la traspunta con la seda;
como la seda faltaba—con sus cabellos la enhebra.
Pasa por allí José,—la dice de esta manera:
—¿Cómo no canta la linda,—cómo no canta la bella?
—¿Cómo quieres que yo cante—si estoy sufriendo estas penas?
Para un hijo que he tenido,—que sin dolor le pariera,
ahora le veo clavado—en la alta cruz de madera.
Si me le quereis bajar—os diré de qué manera.
San Juan os ayudará—y la Santa Magdalena.
En el monte del Calvario—hallaron una escalera,
derramadita de sangre,—de sangre de violencia,
para que diga la gente:—Aquí murió quien muriera,
aquí murió el Redentor,—Redentor de cielo y tierra.

Recitado por Encarnación Plaza, de 17 años, *residente en Villamedianilla (Burgos)*

La Virgen y San José

II

La Virgen se está peinando—debajo de una alameda;
pasa por allí José,—la dice de esta manera:
—¿Cómo no canta la Vírgen,—cómo no canta la bella?
—¿Cómo quieres que yo cante—si estoy en tierras ajenas?
Tengo un hijo más blanco,—más blanco que una azucena.
Ya le están crucificando—en una cruz de madera.
Vivo le clavan los pies,—vivo le clavan las manos,
la sangre que de él caía—caiga en un sagrario;
el hombre que lo bebiese—será bienaventurado,
será rey en este mundo—y en el otro coronado.

Recitado por Juliana Palacín, de 47 años, *residente en Revilla Vallejera (Burgos).*

María y José

Por el camino del cielo—caminan José y María,
tanto navegan de noche—como navegan de día
Llegaron á una venta,—el ventero bien dormía:
—Abre esa puerta, ventero,—que *semos* José y María.
Mi puertecita no se abre—hasta que no venga el día.
Fueron por la calle abajo,—vienen por la calle arriba,
debajo de un soportal—allí se recogerían.
—Vete por la calle abajo,—vuelve por la calle arriba.
Cuando José venía—un niño tiene María.
No tiene con qué empañarle—siquiera una sabanilla;
echa mano á su cabello,—al velo que ella traía,

le ha partido por *metá*—y al buen Jesús se lo envía.
La *metá* que la quedó—sus cabellos recogía.
Estándole dando el pecho—mucho lloraba y *gimía*.
—¿Por qué llora usté, mi madre,—por qué llora, madre mía?
Si llora usté por pañales,—Santa Ana os les daría.
—Yo no lloro por pañales—ni tampoco por mantillas,
lloro por una mujer—que de parto se moría.
En el cielo hay un castillo—hecho de carpintería,
y le ha hecho el mismo Dios—para José y María.
Entre arminia y arminia—dos mil ángeles había.

Recitado por Anacleta Fraile, de 45 años, *residente en Villalace (Palencia).*

La Magdalena

Allá arribita en Belén,—siete leguas de Calvario,
ví pasar á una mujer—toda vestida de blanco.
Me atreví y la pregunté—si ha visto á Jesús amado.
—Sí, Señora, bien le he visto,—que por aquí ha pasado,
con una cruz á los hombros—y la cadena arrastrando;
los perros de los judíos—de ella iban tirando.
—Vamos, vamos, Magdalena,—vamos, vamos al Calvario,
que por pronto que lleguemos—ya le habrán crucificado.
Ya le crucifican pies,—ya le crucifican manos,
ya le clavan las espinas—por su divino costado.
La sangre que de él cayese,—cayese en tierra sagrado,
y el hombre que lo bebiese—será bienaventurado,
en la tierra será rey—y en el cielo coronado.

Recitado por Encarnación Plaza, de 17 años, *residente en Villamedianilla (Burgos.)*

APÉNDICE

Vergilios

¡Qué alta, qué alta va la luna,—como el sol por el membrillo!
Acercando de Zamora—para prender á Virgilio,
que ha esforzado una doncella—sobrina carnal del rey;
ya prendieron á Virgilio,—ya prendieron á Vergel,
ya prendieron á Virgilio;—á los presidios con él.
Siete años ha estado allí,—nadie que le vaya á ver,
si no es que la carcelera—que le sube de comer.
Estando en misa mayor—ven entrar á una mujer,
toda vestida de luto—de la cabeza á los piés.
Pregunta el rey á los suyos—quién es aquella mujer,
—Es la madre de Virgilio—qué está de luto por él,
—Acaben pronto la misa—y el evangelio también,
que sin tomar un bocado—á Virgilio voy á ver.
¿Qué hace mi amigo Virgilio?—¿qué hace mi amigo Vergel?
—Me estoy peinando las canas—que he empezado á embarbecer.
Siete años he estado aquí,—nadie que me venga á ver,
si no es que la carcelera—que me sube de comer.
Y si su alteza lo manda,—toda la vida estaré.
—Por esa razón que has dicho,—vamos, Virgilio, á comer,
á los platos de la reina,—á los manteles del rey,
que yo te he dar por esposa—á mi sobrina Isabel.

Recitado por María Villegas, de 40 años, *residente en Astudillo* (*Palencia*).

INDICE

Pága.

Gerincldo.—I. 4
» —II. 6
Los dos amantes.—. 8
La Infanta seducida.—I. 9
» » —II. 10
» » —III. 12
Galiarda.—I. 13
» —II 14
La niña guerrera.—I. 16
» » —II. 18
» » —III. 20
El prisionero.—. 22
Venganza de honor.—I. 23
» » » —.II. 24
» » » —.III.. 25
Silvana.—I. 26
» —II. 27
» —III. 28
Delgadina.—I.. 29
» —II. 30
La aparición.—I 32
» » —II. 33
Don Juan.—. 35
Doña Arbola.—I. 37
» » —II. 39
» » —III.. 40
La muerta de sobreparto.—I.. 43
» » » » —II.. 44

Pág.

La dama pastora.—I. 47
» » » —II. 49
Don Bueso. -I. 51
» » —II. 52
Los dos hermanos.—I. 54
» » » —II. 55
Las tres cautivas.—. 57
La reina y la cautiva.—. 58
Las señas del marido.—. 59
La vuelta del esposo.—. 60
Don Belarde.—I. 61
» » —II 63
» » —III. 65
» » —IV. 66
La Infantina.—. 68
La Serrana.—I. 69
» » —II. 70
Blancaflor.—I. 72
» —II. 73
» —III. 74
El sacrílego.—. 76
El príncipe D. Juan.—I 77
» » » —II 78
La viuda.—. 80
La adúltera castigada.—I. 82
» » » —II. 83
La esposa infiel.—I. 84
» » » —II. 85
» » » —III. 86
La adúltera.—. 88
Los dos rivales.—I. 90
» » —II 92
Fragmento.—. 93
La monja adornada.—. 94
El parricida.— 95

Págs.

Doña Angela de Medina.—I. 96
» » » —II. 98
» » » —III. 99
La infanticida.—. 102
La devota.—I. 104
» » —II. 105
» » —III. 106
El Aviso.—. 108
Elena.—.. 108
Altamar.—I.. 109
» —II. 110
» —III.. 111
La romera.—I. 112
» » —II. 113
La Mora bautizada.—. 114
El marinero.—.. 115
Santa Catalina.—I.. 115
» » —II.. 116
La despiadada.—. 117
La Samaritana.—.. 118
La Zagala.— 119
El Mendigo.—. 120
Camino de Belén.—I. 121
» » —II. 121
La Virgen y San José.—I.. 122
» » —II. 123
María y José.—. 123
La Magdalena.— 124
Apéndice.—. Vergilios.— 125

LS.C.
A4545r
98918
Author Alonso Cortes, Narciso (comp.)
Title Romances populares de Castilla.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU